

BOLETIN

DEL

ATENEO BARCELONÉS

AÑO 1881. OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE. NUM. 10.

SESION INAUGURAL.

Acta de la sesion pública celebrada el día 28 de Noviembre de 1881.

PRESIDENCIA DEL SR. D. BARTOLOMÉ ROBERT.

En la ciudad de Barcelona, á los 28 dias del mes de Noviembre de 1881, reunidos los socios en el salon de Cátedras del ATENEO BARCELONÉS, con asistencia de un delegado del Excmo. Sr. Capitan General de este Distrito, de una Comision de la Excma. Diputacion provincial y otra del Excmo. Ayuntamiento Constitucional, del Decano de la facultad de Medicina en representacion del Excmo. Sr. Rector de la Universidad, del Sr. Presidente del Ateneo Libre, de varios ex-Presidentes de este ATENEO, de un gran número de Comisiones de Corporaciones Literarias, Científicas y Económicas establecidas en esta capital, y de los individuos de la Junta Directiva en corporacion, el Sr. Presidente declaró abierta la sesion pública inaugural del presente año, y para dar lectura de la Reseña de los trabajos del último ejercicio académico, concedió la palabra al Vocal de la Junta Directiva don Eusebio Corominas Cornele.—Dijo así:

SEÑORES:

Un precepto reglamentario, por desgracia ineludible, me obliga á molestar vuestra atencion por breves momentos. En esta fiesta anual, siempre solemne y grata para el Ateneo,

hemos de averiguar cómo y en qué se empleó nuestra actividad en los doce meses últimamente transcurridos, y esta operación constituye la tarea que me dispongo á llevar á cabo con la lealtad de quien busca en el pasado aquellos datos precisos para formar el proceso de actos dignamente cumplidos pero no sancionados definitivamente con el aplauso reflexivo y desapasionado.

En tiempos muy antiguos, que casi da fatiga recordarlos, hubo un rio cuyas aguas tenían la virtud de borrar la memoria de lo pasado. Por fortuna se extinguieron aquellas aguas, y no bebiéndolas encuentra la humanidad en los actos punibles que se ejecutan motivo de correccion y enseñanza, y en las empresas que se realizan con sinceridad y nobleza, causas de legítimo orgullo, que al propio tiempo que embelusan y encantan, pregonan las altas cualidades que en la humana criatura concurren; que al fin y al cabo si Dios la creó imperfecta, también la dejó libre para que en la profundidad de su conciencia surgiese el remordimiento por los malos actos, ó el estímulo y la satisfaccion por los que conducen al disfrute del comun aprecio y de la gloria inextinguible.

Y tengo para mí, que si hartó aquel rio de vivir ignorado, nos brindara inesperadamente sus virtudes, habríamos de rechazarlas, nosotros, por no renunciar al placer que produce la conviccion del deber cumplido; la humanidad, porque encuentra en los innumerables hechos del pasado la série de eslabones que componen la escala interminable del progreso.

Entiendo que mi cometido en este instante debe contenerse en los límites de un puro relato, que si una memoria de los trabajos académicos de una corporacion debiera pasar los de la crítica, ó ser juicio comparativo de varios y distintos períodos académicos, habria declinado tan honroso encargo; pues sobre tenerme en poco para tributar elogios merecidos á todos los sócios del Ateneo, por el solo hecho de ser sócios, han de parecerme superiores á los del año último, y nadie en ello vea ni asomo de ofensa, todos los que en la cátedra y en la tribuna de esta sociedad nos precedieron, dando testimonio de su alta inteligencia y saber reconocido.

Pero no es así por fortuna, que la crítica y la comparación la hicimos todos oportunamente, obteniendo el convencimiento de que se mantiene á buena altura el brillo y lustre del Ateneo, á favor de la inteligencia de unos, de la aplicación y estudio incesante de otros, y del innegable amor y buen deseo de todos.

Veamos, pues, cómo se empleó nuestra actividad durante el año académico próximo pasado. Un insigne poeta, D. José Zorrilla, y dos artistas eminentes, Virginia Marini y D. Jesús de Monasterio, dieron motivo á las secciones de Literatura y Bellas Artes para organizar tres veladas, cuyo recuerdo conservaréis ciertamente en la memoria. Huésped extranjera y distinguidísima la una, y glorias del arte nacional los dos restantes, honraron todos esta corporación con su asistencia, y así como vimos confirmadas las excepcionales condiciones dramáticas de la Marini en la lectura de *La croce del Dorbano*, aplaudimos la infatigable inspiración del poeta español por excelencia en los admirables fragmentos que leyó de su poesía *El Pinar* y de *El Romancero del Cid*, saboreando también la rara habilidad del Sr. Monasterio como concertista de violín y como compositor de mérito sobresaliente.

Tomaron parte en la velada literaria dedicada á la Sra. Marini el ilustre poeta D. Víctor Balaguer, leyendo su *Oda á Italia*; el distinguido actor italiano Sr. Ceresa, recitando *Il canto d' un trovatore*, los actores paisanos nuestros Sres. Fontova y Goula leyendo respectivamente una epístola del malogrado poeta Bartrina y *Lo Guant del Degollat*, de D. Víctor Balaguer, y nuestros apreciables consocios Sres. Rufart (D. José María), Jaumeandreu, Palau (D. Melchor) y Rahola, dándonos á conocer el primero fragmentos de los recuerdos de Italia de D. Emilio Castelar, una oda original el segundo, y una poesía escrita y dedicada por el último *A Virginia Marini*. Presidió este acto el Sr. D. José Feliu y Codina, que le abrió pronunciando elocuente discurso que todos aplaudísteis.

Debemos reconocer que la segunda velada la llenó por completo el Sr. D. Jesús de Monasterio. Los primores de su ejecución como consumado violinista y los encantos de sus obras

como compositor y músico, por lo extraordinarias no deben encomiarse, y aún con ser tan grandes no fueron obstáculo para que brillasen las que todos reconocemos en los Sres. Rodoreda, Amigó, Vidiella y Cuyás, quienes con generosidad y galantería propias de su valía acompañaron al citado maestro en noche tan agradable.

Abrió la tercera velada el Sr. D. José Feliu y Codina, presidente de la sección de Literatura, pronunciando, como suyo, bellísimo discurso, y le acompañaron en la tarea de obsequiar al Sr. Zorrilla nuestros estimados consocios Sres. Mata y Maneija, Freixa y Jaumeandreu, á quienes debemos reconocimiento y aplauso, tanto más justo cuanto por su mediación tuvimos la honra de merecer la visita del Sr. D. José Zorrilla y de admirar el genio poético que anima la fantasía de uno de los maestros de la época romántica, fuente de inspiración inagotable y cantor sublime de las empresas de unos tiempos en que la historia y la leyenda se confunden.

Mediante este prólogo, dispuso la Junta directiva la sesión inaugural del curso académico, y en 27 de Noviembre de 1880 se celebró este acto con la brillantez y solemnidad propias de esta Corporación.

Desde este instante aprestáronse las secciones del Ateneo á inaugurar sus tareas, y vais á ver el campo en que se movió su poderosa actividad.

La Sección de Literatura, Historia y Antigüedades presentó á discusión el tema «Influencia de la literatura en el desarrollo político de un pueblo», al cual se consagraron diez sesiones, casi todas muy concurridas, en las que oísteis la palabra autorizada de oradores tan distinguidos como los Sres. Rahola (D. Federico), Suarez de Figueroa (D. Augusto), Fors (D. L. Ricardo), Junoy (D. Emilio), Marti y Gouffau (D. Domingo), y otro que no debo nombrar, porque se atrevió á hablar en esta Sección fiando demasiado en vuestra extremada galantería.

La Sección de Comercio presentó á la discusión el importante tema «¿Qué influencia ha de ejercer en España y sus posesiones ultramarinas la apertura del istmo de Panamá?» y

le desenvolvió con el acierto que todos le reconocéis, nuestro compañero D. Estéban Amengual.

La Seccion de Industria llevó tambien al salon de cátedras un tema de actualidad y de trascendencia innegable. Preguntaba la seccion: «En vista del rápido progreso que experimentan todos los ramos de la produccion en los Estados-Unidos de América y de la influencia que puede ejercer en el estado económico de Europa en general y de España en particular, ¿qué providencias debe adoptar España para mejorar las ventajas ó combatir las desventajas que aquel progreso puede ocasionarle?» Los importantes discursos del presidente de la Seccion Sr. Pasarell (D. Eusebio), Amengual (D. Estéban), Rosich (D. Juan), contestaron elocuentemente á la pregunta puesta sobre la mesa, acompañándoles modestamente en esta tarea el que en estos momentos pasa por el difícil trance de recordároslo. Cinco largas sesiones dedicó la Seccion al transcrito tema, cuya oportunidad y trascendencia, repito, se os alcanza perfectamente.

Alternando con estas discusiones el Sr. D. Nicolás Diaz de Benjumea, dió dos conferencias, una sobre la «Indole y significacion social y política del Quijote», y otra sobre los «Anagramas del Quijote», en las cuales admiramos la vasta erudicion del conferenciante y el estudio profundo que lleva hecho de las obras de Cervantes el Sr. Benjumea.

La Seccion de Bellas Artes dispuso y llevó á cabo nuestras ya renombradas veladas musicales, en varias de las cuales tomaron parte los sócios Sres. Armet, Sagnier, Leigh y Mascheck, é inauguró en el mes de Abril la manifestacion artística que todos recordais con placer singular, y que sin duda alguna habrá de formar época en los fastos de esta Asociacion, por el acierto con que fué dispuesta, por el éxito con que fué realizada y por el esplendor y renombre que conquistó para este Ateneo, que todos deseamos conservar, templo suntuoso de las ciencias y las artes.

Al solemne acto de inauguracion de la manifestacion artística asistieron las autoridades y representacion de las principales corporaciones de esta ciudad, y llevaron la palabra del

Ateneo, además del Sr. Presidente del mismo, nuestros respetables compañeros D. Vicente de Romero y D. Francisco de P. Carbonell.

En el campo de esta actividad, tan bien dispuesta para conservar el alto renombre del Ateneo, pusimos luego un paréntesis, con el objeto de rendir homenaje y testimonio de respeto profundísimo á la memoria de uno de los más esclarecidos hijos de esta ciudad, sócio ilustre de esta Corporacion, el eminente jurisconsulto D. Francisco Permanyer, y en sesion presidida por el Sr. Angelon (D. Manuel), á cuyo elocuente discurso siguieron los notables trabajos leídos por los señores Rius y Badía (D. José María), Mata y Maneija (D. Manuel de) y Jaumeandreu (D. José Juan), demostró el Ateneo hasta qué punto estima y considera las altas dotes y grandes merecimientos de los sócios que tanto le honraron y enaltecieron.

Y terminó el curso académico con dos veladas literarias, dedicadas á tres renombrados escritores, honra de las letras españolas, los Sres. D. Eduardo Saavedra, D. José de Echegaray y D. Francisco Pí y Margall. Indudablemente que os sentís orgullosos de haberles aplaudido, como me siento satisfecho por recordároslo, que al genio y al talento les otorga siempre el Ateneo el sitio más distinguido y eminente. Tomaron parte en estas dos veladas, además del Sr. Presidente de la Corporacion, los sócios Sres. Calvet, Argullol, Rahola, Barallat, Roca y Roca, Vidal y Valenciano (D. Cayetano), Palau, Riquelme, Gallard, Coroleu, Guimerá y Sanpere y Miguel, cuyos trabajos aplaudísteis merecidamente.

Hasta aquí el cuadro trazado por la accion científica, literaria y artística del Ateneo. No debo averiguar qué proporciones alcanza, que el mérito ni se mide ni se pesa: se reconoce ó se niega, y cuando existe realmente se impone, cualesquiera que sean los límites en que la humana generosidad lo encierre; que lo útil, lo justo y lo bello deslumbran como los rayos del sol á quienes le acusan por las manchas que ostenta.

¡Y rara virtud de nuestra existencia, señores! Mientras unos se agitan persiguiendo infatigables la consecucion de un ob-

jeto, más ó ménos importante, pero siempre útil, dado el enlace que existe entre la vida individual y la vida social; cuando quizá con más afán se consagra el ánimo al desenvolvimiento de árduos é importantes problemas, y excitado el deseo por la fantasía que pinta el porvenir risueño y alegre con suaves perspectivas que atraen y encantan, entonces, señores, suele acontecer por ley ineludible de nuestra existencia, que lo abandonemos todo para ir á reposar en el seno de la muerte, dejando á los vivos el triste encargo de encarecer nuestros méritos, de apreciar nuestras virtudes, de llorar nuestra forzosa ausencia y de recoger al pié de la tumba el impasible fallo de las generaciones que compartieron con nosotros la mision de vivir en la tierra. Durante el año que acaba de transcurrir hemos perdido buen número de compañeros, cuyos nombres son bien conocidos cada cual en el círculo en que su poderosa accion se desenvolvía, alguno esperanza segura para las letras de nuestra patria, hombres de ciencia otros, glorias del trabajo nacional varios de ellos y todos respetables y respetados, á quienes sin distincion acompañará eternamente nuestra amistosa consideracion y nuestro profundo cariño imposibles de turbar la paz perpétua que en la eternidad disfrutan los muertos.

Fallecieron durante el año de 1880 á 81 los siguientes señores sócios: D. Ramon de Olzinellas, Sr. Conde de Peñalver, D. Pedro Martin Sors, D. Ignacio María de Ferrán, D. Francisco de Martí y de Pujals, D. Ramon de Miquele-rena, D. Narciso Castells, D. José Ribas y de Clascá, don Fulgencio Martin Mora, D. José Canela y Reventós, don José Ferrán y Dalmases, D. Cristóbal Taltabull, D. Isidro Marqués, D. Joaquin María Bartrina, D. Pedro J. Tomás y Masallas, D. Narciso Mañé, D. José Cases Monserrat, don Manuel Safont, D. Fermin de Falces, D. Emilio Moreno Cebada y D. Ramon Muns. Total veinte y un compañeros, cuyo valioso concurso y cuya leal amistad ha perdido para siempre el Ateneo. ¡Descansen en paz!

Debo tambien indicaros, señores, el estado económico de nuestra Corporacion, y las mejoras que en ella se han introducido durante el año último. En 1.º de Julio de 1880 estaban inscritos en los registros del Ateneo 924 sócios, de los cuales 870 eran residentes y 54 transeuntes.

Al finalizar nuestro ejercicio constaban en los registros 1.036 sócios residentes y 78 transeuntes, ó lo que es lo mismo hubo un aumento de 190 sócios.

Al empezar la Junta saliente su cometido, encontró el presupuesto con un déficit de 16,213 pesetas. Se enjugó este déficit, sin desatender ninguno de los gastos corrientes; pero al formar el presupuesto para el año corriente lo saldó con déficit de 33,000 pesetas, fácil de enjugar segun van afortunadamente aumentando los ingresos. No creais, pues, que sea cuestion grave la que dejo anunciada con respecto á la nivelacion del presupuesto del Ateneo. Tenemos nuevas y espaciosas salas, que han venido á aumentar las comodidades de los señores sócios; poseemos un local bastante para todas nuestras atenciones; la Biblioteca se ha enriquecido extraordinariamente con numerosos é importantes volúmenes, con acierto escogidos por los inteligentes bibliotecarios que la han tenido á su cargo, y ello dá á la Corporacion tan merecida importancia, que nunca se encarecerá bastante la oportunidad de haber obligado al porvenir á contribuir á una obra, que por sí sola enaltece al Ateneo barcelonés y le coloca merecidamente entre los primeros centros de estudio en nuestra patria.

He terminado ya, señores sócios, habiéndoos molestado más de lo que podia consentir vuestra galantería y vuestra natural impaciencia, de la que tambien participo.

Pero despues de agradecer tanta atencion, sé que he de merecer la última que desde este sitio os pida, que mi anhelo y vuestro deseo van por el mismo camino; solicito un aplauso para todas las Juntas que antes que la saliente dispu-

sieron las cosas con tal fortuna, que llegar al límite que os he trazado ha sido cosa fácil y sencilla; y pues á su iniciativa y al concurso de todos debe la Corporacion el esplendor que los extraños le reconocen y á nosotros satisface y encanta, no es gran merced la que solicito. No debo acordarme de la gestion de la última Junta: á vuestra vista queda.

Ella se ha inspirado en los deseos de todos; ella fué, más ó ménos modestamente, continuadora de las gestiones anteriores; ella tuvo por único fin y objetivo, el que es comun á todos los sócios, conservar la vida del Ateneo, darle más ancho campo de accion, levantar su nombre, si cabe que su reputacion aumente, atraer y llevar á su seno todos los elementos propios para desenvolver su prosperidad creciente, y hacer todo lo posible para que sus resultados y vuestro juicio no interrumpen jamás la serena majestad de conciencias honradas y leales.

Queda aún abierto el camino para más altas y nobles empresas. Gloria á quien las intente y las realice.—HE DICHO.

Terminada la lectura de esta reseña, el Sr. Presidente leyó el siguiente discurso:

SEÑORES:

Va ya entrando en las costumbres públicas que las personas que alcanzan la honra insigne de presidir corporaciones constituidas por individuos que dedican sus tareas ó sus ócios al cultivo de las ciencias contemporáneas aprovechen ocasiones solemnes, como esta, para vulgarizar problemas de trascendencia general, poniéndolos al alcance de los no iniciados y hasta de las inteligencias ménos perspícuas. Si el Ateneo Barcelonés por la vasta heterogeneidad de los elementos que lo vigorizan, no es centro apropiado para producir actos científicos rigurosamente técnicos y concretos, es sí cátedra abierta para que en ella se provoquen cuestiones que por su índole especialísima convengan á los más, y pue-

dan servir de pasto á la crítica de eso que se ha dado en llamar «actual momento histórico».

Si yo esta noche no desperdicio la ocasion que la fuerza de las circunstancias me brinda, no es ciertamente por el pueril deseo de singularizarme; ántes al contrario, convencido de que mi insignificancia personal me aleja de toda originalidad, voy á convertirme en servil imitador de los dignísimos presidentes de esta Corporacion ilustre, que, con motivo de la Sesion pública inaugural, han dado á sus discursos cierta entonacion académica.

Y yo, señores, me felicito de esos actos ajenos que pienso plagiar, porque á la vez que van á permitirme la exposicion de una materia que, ojalá vosotros, cual yo, la estimeis trascendental; me sirvan de excusa para hacer uno, aunque corto paréntesis, en las tareas ordinarias de mi vida. Creed que el inefable gozo de que se inunda el alma del médico cuando acierta á calmar el dolor del que sufre ó torna á la vida al que está por perderla, no es parte á equilibrar los quebrantos producidos en su propia sensibilidad por la contemplacion de tantos infortunios: necesita una tregua, necesita un descanso; y yo voy á encontrar un descanso y una tregua de-
partiendo con vosotros sobre asuntos extraños á la aridez de la Clínica.

Siempre he creido que nuestro Ateneo, á más de los altos fines que tiene claramente consignados [en su código fundamental, cumple una alta mision higiénica, por lo mismo que es un centro de mútua cultura y esparcimiento. Dada la agitacion en que vivimos; dada la febril actividad que á todos nos abrasa; supuesto que la civilizacion de nuestros dias, cual otro Saturno, nos devora á nosotros, sus propios hijos; ya que la vertiginosa rapidez con que se suceden unos á otros todos los actos de nuestro sér es el trasunto de un huracan impetuoso que nos arrastra, yo no sé si á las regiones de lo desconocido; necesitamos un reposo, un respiro, si queremos evitar que un exceso de tension rompa en un momento la cuerda tirante del arco de nuestra vida. Y no lo dudeis; para el hombre de negocios como para el de letras, el Ateneo es

un verdadero oasis: aquí, en el seno de la conversacion amistosa, el ánimo conturbado se expande y consuela; aquí, junto á los estantes de nuestra biblioteca, el ánimo se rejuvenece y deleita al relacionarse con el más fiel y cariñoso de los amigos: el libro. Y aunque la lectura suponga continuacion de la actividad mental, basta que haya diversidad en los objetos del estudio, para que el resultado higiénico se logre; bien así como en la esfera de las actividades físicas que cumple nuestro cuerpo, descansamos al cambiar de postura, y yo, señores, esta noche, aunque venga á ser una especie de héroe por fuerza, tambien descansaré porque mi mente va á vagar por regiones no acostumbradas.

Todos vosotros estais al cabo de la reñida batalla que se está librando entre los adalides de las escuelas espiritualistas y materialistas; empuje de combatientes que no ha principiado ciertamente en nuestra época, ni terminará tampoco en nuestros dias; porque, cual si los vicios y las virtudes originarias fueran transmitiéndose, como los males y el vigor del cuerpo, de generacion en generacion, no bien se declara en derrota uno de los bandos, cuando ya en lontananza se aprestan á la lucha y vienen de refresco nuevos adalides. Revueltos en el calor de esta refriega vemos aún al través de los siglos pasados las titánicas figuras de un Anaxágoras, de un Sócrates, de un Platon, de un Aristóteles y de un Plutarco; más de cerca resuenan todavía á nuestro oido las acaloradas polémicas de Leibnitz, de Thomasius, de Condillac, de Kant y de Meier; y modernamente Herder, Huxley, Vignoli, Darwin, Spencer, Max Müller, Buchner y tantos otros han reverdecido el combate con furia nunca vista. ¿A qué, ese continuo tejer y destejer de las escuelas filosóficas? ¿Cuál es la manzana de la discordia? ¿Por ventura hay obcecacion en unos y nítida lucidez en otros? ¿Por qué, siendo tan grande la inteligencia de todos, han vivido y vivirán en eterno desacuerdo?

Vosotros lo sabeis. Al fin siempre se ha tratado de investigar la naturaleza íntima de ese pequeño mundo llamado

hombre, ora aislado, ora en sus relaciones con el cosmos. Para unos, formado el hombre á semejanza de Dios, no sólo es el sér más perfecto de toda la creacion, sino que ha aparecido en la tierra sin vínculo ninguno con todos los demás séres creados, y se cierne, por decirlo así, en una atmósfera superior y casi divina. Para otros, es evidente la formacion de una inmensa cadena de séres, todos iguales por su noble alcurnia, como nacidos de la mano de Dios, y solo distintos en los accidentes; y en este caso el hombre no es más que un elemento, un factor, un eslabon de la gran série orgánica. Hay quien cree que toda la escala animal arranca de una individualidad primera, que al través de la inmensidad de los siglos se ha ido lentamente transformando hasta alcanzar su último término de hoy: el hombre; y, en cambio, otros afirman que no hay tal transformacion, sino que todos los séres creados, así del mundo orgánico como del inorgánico, aparecieron por su órden correlativo, allá en los primeros instantes de la creacion del mundo. Otros, sean cuales fueren las relaciones de origen de las especies, no ven en el hombre más que un sér orgánico, perfecto ó imperfecto, con aptitudes propias que arrancan de su misma naturaleza física; y los contrarios, los filósofos espiritualistas, entienden que el hombre, como materia, seria máquina inanimada y sin el aliento de la vida si un hálito espiritual no le infundiria los impulsos. Y no falta por último, quien asegure, como Goethe, que el hombre es un sér mixto, corpóreo é incorpóreo; que la materia sin el espíritu y el espíritu sin la materia no pueden existir ni obrar, y que todas sus actividades vitales arrancan del feliz consorcio de un espíritu y de una materia que se compenetran.

Hay una ciencia, de nombre antiguo, pero de creacion moderna, que es la ANTROPOLOGIA, y que abriga el formal empeño de descifrar todos esos enigmas. Verdadera historia natural del hombre en sus relaciones con el planeta en que habita, se la ha querido considerar como clave explicatoria de todos los secretos referentes al origen, pasado, presente y porvenir del hombre, y como fuente de conocimiento de todos

los problemas sociales, políticos y religiosos del mundo: acepción latísima, que de ser cierta, permitiría parangonar aquella ciencia del hombre con la ciencia de la sabiduría. Tal vez los adeptos le han dado demasiado alcance, y en sus investigaciones han traspuesto los anchurosos límites de lo *relativo* para engolfarse en la imposible discusión de lo que es *absoluto*. Será en virtud de esto que los adversarios se aprestan á la lucha y claman á grito herido contra la antropología, porque abriendo, en su sentir, las puertas del materialismo, es una ciencia que tiende á barrenar el edificio social en sus más profundos cimientos.

Por mi parte observo tanta exageración en los prosélitos como en los contrarios; y ambos dislocan sus respectivas tesis, pues ni la antropología puede explicar todos los hechos humanos, por más que tenga ella por objeto el estudio del hombre, ni es una ciencia que deba condenarse á la pública execración, como contraria á los fundamentos sociales. Yo voy á colocar la cuestión en su verdadero punto con independencia absoluta de las exageraciones de escuela, demostrando con el criterio del sentido común y con el libro de la historia en la mano, que siendo como es la antropología el luminoso faro que alumbrá horizontes oscurísimos de la ciencia, no puede empero vanagloriarse de ser el arca santa en donde se guardan todos los sabios tesoros del mundo. Y aún demostraré más: entiendo que si los estudios antropológicos dejan mucho que desear, débese sencillamente á un error de procedimiento en la inquisición de la verdad; error de procedimiento que viene encarnado en la época presente. Hoy se abusa del análisis; todo se particulariza, todo se diluye; no se forman conceptos de conjunto sino de detalle; hay más inclinación á losafilgranados conceptos analíticos que á los profundos juicios sintéticos: así no será difícil poner de relieve, que si se ha estudiado el hombre como sér individual en todas sus fases, los antropólogos han descuidado contemplarle colectivamente en esa grande y colosal agrupación que se llama humanidad: y ciertos hechos del orden moral no se descubren en el individuo sino en la agrupación, como son

incoloras las gotas de agua y es verde-mar el inmenso Océano.

El tema es serio, quién lo duda, y si yo hubiera de tratarlo latamente y ahondando el asunto, echaria de ménos dos condiciones indispensables, la suficiencia y el tiempo: y de ambas carezco. Al contrario, entendiendo que las materias más árduas y abstrusas no escapan al comun sentido de todos y que pueden ser expuestas con la misma llaneza que son concebidas, yo voy á departir con vosotros en estilo puramente familiar: que ciencia estéril é infructuosa sería aquella vedada tan sólo á la comprension de las altas inteligencias del mundo.

Llevados los naturalistas modernos del laudable deseo de demostrar hasta la última evidencia, que el hombre no difiere esencialmente de los demás animales que pueblan la tierra, han dirigido una mirada retrospectiva al través de los siglos para estudiarlo allá en los oscuros tiempos prehistóricos, al objeto de apreciar cuáles fueron sus rasgos originarios; han practicado despues una diseccion de los caractéres que lo informan en la época presente y, entrando por último en las esferas de la historia natural comparada, han pretendido inquirir si los atributos que se asignan al hombre de nuestros dias tienen una verdadera representacion en otros seres de la escala zoológica.

Oigámosles sin que la pasion ofusque nuestro entendimiento, despojándonos de toda idea preconcebida y hasta desentendiéndonos por el momento de si sufren ó nó menoscabo nuestros sentimientos más íntimos, religiosos y morales. A la par permítaseme que me engolfe en la crítica de ese recuento expositivo y vaya formulando las consecuencias que deriven de mis razonamientos.

Arranca de muy léjos la existencia de los primeros pobladores de la tierra, ya que mucho ántes de toda tradicion histórica existió en Europa una raza de hombres. Cierto que la historia, cuando nos habla de las antiguas civilizaciones egipcias y babilónicas, hace constar que fué Menes el primer rey histórico de Egipto, 5,000 años antes de Jesucristo; que se

han recogido geroglíficos trazados 4,500 años antes de nuestra era; que la pirámide Cochomeo fué construida 7,000 años atrás; que los hijos de Babilonia se asignaban una antigüedad de 4,000 años; que las pinturas de Memfis dan idea de una civilización adelantada, pues se ven en las mismas dibujos de sus fiestas, juegos, danzas, regatas, figuras enjoradas, poetas recitando versos, esclavos y hasta animales en domesticidad. Cierta también que al referir los primeros albores de la civilización china, nos dice por boca de Huangh que los asiáticos del hoy Celeste Imperio conocieron la escritura 2,698 años antes de la venida de Jesucristo, en un tiempo en que los judíos constituían todavía un pueblo nómada; que los libros semíticos conceden á Abraham una antigüedad de 2,000 años antes del cristianismo; que hubo, no se sabe si real ó poéticamente, una llamada guerra de Troya 1,100 ó 1,200 años antes de aquella época, y que decididamente puede aseverarse como hecho histórico fijo la creación de las Olimpiadas 776 años antes de que naciera en Nazareth el que había de provocar la más profunda revolución en el seno de las sociedades paganas.

Pero la tradición histórica y la verdadera historia no concuerdan en este punto con las conquistas de la antropología respecto de la antigüedad de los primeros hombres. En aquellos remotos tiempos en que era el Támesis un afluente del Rhin; en que las Islas Británicas no estaban aun separadas por el Océano del continente de Europa, y en que desde los Alpes al Jura se extendía un inmenso mar de hielo que gravitaba sobre lo que más tarde había de ser hermosa Helvecia; en que nuestro gigantesco Montserrat aun no asomaba sus crestas por encima de las aguas y en que un mar anchuroso y sin límites visibles ondulaba sobre lo que es hoy Sahara arenoso y desierto; en aquellos tiempos, por último, en que el mastodonte, el megaterio y el manmouth, monstruos cuya sola presencia debía causar espanto, eran los gigantes de la creación, ya existía el hombre.

En la gruta de Aurignac (á la que los geólogos asignan una antigüedad de 100,000 años) se han encontrado, como

todos sabeis, hasta diez y siete esqueletos de hombres, mujeres y niños; en Bélgica se ha descubierto tambien una gruta con 14 esqueletos, y lo propio ha sucedido en las cavernas de Neanderthal, de Perigord y en los felices hallazgos de Italia, España, Brasil y el Perú.

No pudiendo negar estos hechos los que siguen opinando que el hombre solo pudo aparecer en la tierra cuando los actuales rios limitaron su cauce y quedaron circunscritos los terrenos de su alrededor, objetan que si los esqueletos descubiertos en las recientes excavaciones solo se han encontrado depositados en las cavernas, pudieron llegar allí en virtud de los cataclismos geológicos de la época de aluvion y no conducidos por la mano del hombre. A lo que contestan que así pudiera creerse si los cortes verticales de las capas geológicas, en los puntos precitados, no atestiguaran la diferente edad de los terrenos que forman el amazon de las cavernas y los más superficiales que ha habido necesidad de remover para alcanzarlos; y si no se hubiesen encontrado revueltos con los huesos humanos, diversas piezas del esqueleto de animales de la época cuaternaria, como el megaterio, el rinoceronte, el ciervo gigante, el caballo, el oso, el reno y hasta quince especies zoológicas, y si, por último, no se hubiesen recogido diversos objetos producto del arte de los primeros pobladores de la tierra y que son similares, sea cual fuere la caverna que de la misma edad geológica se haya explorado. Así lo demuestran los cuchillos, flechas y martillos de piedra y de silex; los colmillos de oso y huesos de reno labrados por la mano del hombre; los fragmentos óseos con señales de haber recibido la acción del fuego y hasta gran número de placas, como de nácar, procedentes del molusco *cardium* y que tal vez sirvieron para enjorjarse los primeros pobladores de la tierra.

Refuerza esta opinion el exámen minucioso del terreno que ha permitido apreciar, en más de un caso, que una meseta ó terraza daba acceso á la caverna, pero quedando divididos é incomunicados por una capa de gres ambos compartimentos de la cueva: en el interior se han encontrado los

restos humanos, como en depósito, con sus armas rudimentarias y sus joyas, y en la parte de afuera se han reconocido los esqueletos de hienas y otros animales coetáneos con sus coprolitos ó materias excrementicias y además con fragmentos de objetos de alfarería y de hachas y armas de piedra.

Semejante distribución de objetos, unos en el interior de las cuevas y otros en las terrazas de las grutas, aleja de todo punto la idea de que sólo una catástrofe geológica pudo ser la causa de que se arrastraran allí todos aquellos vestigios que acusan la existencia de una antiquísima raza de hombres.

Pero aun ha adelantado más la antropología en el camino de sus trascendentales investigaciones.

El exámen concienzudo de las piezas óseas humanas indica por la longitud de los huesos y por la configuración de los cráneos y de las mandíbulas que los primeros hombres, cuyos restos hasta ahora se han podido descubrir, no eran gigantes como la fábula y hasta algunos sábios han seriamente creído al hacer estudios de la raza fino-lapona que ántes de la invasión de los escandinavos ocupaba ya la Europa septentrional, y al contemplar las grandes proporciones de los Dolmens y demás monumentos megalíticos de la época prehistórica. Si algunos huesos humanos de extraordinario desarrollo, como el del gigante de Neanderthal, se han podido encontrar, constituyen escepcion de la regla general; pues los más, por su cortedad y por las líneas rugosas que acusan en los puntos que sirven de insercion á los músculos, manifiestan que pertenecieron á unos hombres de mediana talla, aunque fuertes y ágiles para poder luchar, casi sin armas, con los feroces y atléticos animales de aquellos tiempos. Raza más vigorosa y más esbelta fué sin duda la que apareció más tarde en la misma aurora de la época histórica, la céltica, que hubo de dominar y vencer á la que ya encontró habiendo determinados puntos del continente.

La configuración de los cráneos y de las mandíbulas tambien permite aseverar que aquellos primeros hombres no ofrecian los caracteres inteligentes y bellos de los que han dado gloria y esplendor á los tiempos históricos, sino que

recordando los tipos simianos pueden compararse á los de los actuales habitantes de Australia y de Nueva Caledonia.

Ya en la edad de bronce los tipos resultaron más perfectos como se han podido reconocer en las excavaciones del Perú y del Brasil; pero nada comparable á la hermosura y perfección de líneas de la gran familia ariana que apareciendo en las orillas de los grandes ríos del Asia se diseminó por el continente antiguo hasta los confines de la misma Europa.

Si el estudio del esqueleto y especialmente del cráneo del hombre suministra, como es la verdad, datos de gran fuerza para la deducción de múltiples problemas de orden físico é intelectual, parece que la antropología estaria en el caso de demostrar que el hombre al través de los siglos ha ido evolucionando en el sentido de la perfección física é intelectual, ya que, con pequeño cráneo y mandíbulas prolongadas en los tiempos prehistóricos, ha aparecido más tarde con toda la esbeltez de las razas caucásicas.

Pero en mi sentir las afirmaciones de la antropología respecto de este punto no son tan concluyentes como pudiera creerse. Es una verdad que si hay semejanza y hasta igualdad entre todas las piezas de los esqueletos hasta ahora descubiertos, puede lógicamente deducirse que representan los caracteres etnográficos de los primeros pobladores de la tierra; pero, aparte de que, dado el ardoroso empuje de los sabios modernos, podría darse el verosímil caso de que mañana mismo se encontrasen nuevas grutas con restos humanos desemejantes de los clasificados hasta aquí, en cuyo caso la afirmación actual recibiría un muy rudo golpe; á nadie se ocultará que los hechos falsean por su base ante la consideración de que hoy, centenares de siglos después de las épocas antediluvianas, se encuentran diversas razas asiáticas y australianas con un esqueleto que puede compararse al de los de la gruta de Aurignac; y si después del gran paréntesis histórico representado por la catástrofe del diluvio ya aparecieron razas más estéticas que las primeras, cómo es que aun hoy se conservan millones de habitantes en la tierra con los rasgos de los aborígenes, sin su natural perfeccionamiento,

siendo así que las primeras familias procedentes del Asia, que se diseminaron por todo el orbe al comenzar el período histórico, tienen sus representantes en las fechas más modernas. Es decir que la perfectibilidad física y la perfectibilidad moral que á ella viene aneja se habrían operado sin armónicos paralelismos; ya que por un lado grandes colectividades humanas de hoy ofrecen los caracteres etnográficos de las prehistóricas, y por otro miles de ejemplares de las razas más perfectas concuerdan con los tipos de los hombres que vieron la luz del sol treinta y cuarenta siglos atrás.

Si esta argumentacion es lógica, posiblemente podria sospecharse que ya en los tiempos prehistóricos hubo esas variantes de razas dentro de la especie única, que caracterizan las épocas descritas por historiadores de todos los países, en cuyo caso volveria á quedar envuelto en las tinieblas de la oscuridad la gran cuestion referente á los atributos físicos del primer hombre que habitó la tierra.

Si ocurren esas dudas al ánimo no ofuscado por los apasionamientos de escuela, respecto de un hecho tan material y tangible como el que resulta de la investigacion de los esqueletos, cuántas más no se precipitan á la mente si, siguiendo los pasos de los modernos antropólogos, se desea hacer la crítica de cuál fué el carácter moral é intelectual de los hombres primitivos. Pero basta á mi propósito, por de pronto, afirmar que el estudio de sus armas indica que ya en aquellos remotos dias el hombre era batallador y que entraba en lucha con sus semejantes ó con las fieras; que los aperos de labranza atestiguan su inclinacion al cultivo, inicial rudimento de la moderna agricultura; que los huesos labrados acusan los gérmenes de una actividad artística; que las joyas son indicantes de que nuestros primeros antepasados gustaban ya del buen parecer; y que los fragmentos de piezas de alfarería demuestran que ya entonces comenzaron á patentizarse los gérmenes de la asombrosa potencia industrial de los tiempos históricos.

Tambien puede lógicamente aseverarse que los primeros pasos del hombre sobre la superficie de nuestro planeta hu-

bieron de ser por demás trabajosos y el progreso lentísimo, porque á más de las dificultades y peligros que por todos lados le rodeaban, los impulsos internos y externos, aunque débiles, debían partir tan solo de las catástrofes geológicas, de la lucha con los animales y tal vez con los mismos hombres, y quizá si, atendida la época glacial, hasta hubieron de sentir aquellos pobladores la hostigación del hambre; y que la estabilidad y la inmovilidad fueron sus caracteres: bien así como aun en el siglo presente duermen dormidos en el regazo de la barbárie millones de criaturas cuyas inteligencias no han sido iluminadas aun por los destellos de la civilización.

Pero al fin, señores míos, entiendo que si el hombre como entidad moral é intelectual es un sér siempre perfectible y que el cumplimiento de su civilización ha de ser su meta y norte, son tan gráficos los caracteres de toda personalidad humana, así se la estudie aislada como colectivamente, que aun dirigiendo nuestras miradas á esos esbozos de la época prehistórica, que es como si dijéramos más allá de los horizontes de toda civilización consignada, ya el hombre ofreció más ó ménos rudimentariamente todo aquello que en nuestros días ha adquirido el más grandioso desenvolvimiento.

Mas, para que no se nos tilde de soñadores ó visionarios, abandonemos aquellas distancias, cerremos los ojos á la luz de cuanto pudo ocurrir en las épocas antediluvianas y estudiemos el hombre de los períodos históricos, para observarlo en sí mismo y cotejarlo con los atributos propios de los demás animales, y para ver sí, conforme la antropología pretende, no hay diferencias esenciales entre él y todos los demás seres de la creación planetaria.

No pueden echarse en olvido las palabras del profundo Pascal: «Es peligroso comparar siempre al hombre con las bestias sin demostrarle su grandeza. Es tambien peligroso demostrarle su grandeza sin su bajeza. Es más peligroso todavía que ignore ambas cosas; pero es muy ventajoso re-presentarle una y otra.»

Establezcamos, pues, friamente esos paralelos; veamos si el hombre, como aquellos emperadores romanos que embria-

gados por su poder creíanse semi-Dioses, no tiene ninguna relacion con su propia naturaleza, y no solo desea ser el rey de los animales, sino que pretende estar separado de los demás séres por un abismo, y volviendo la espalda á la tierra, como decia há poco un escritor ilustre, quiere refugiar su amenazada majestad en la nebulosa esfera del reino humano. Veamos si, en contradiccion con todo esto, la crítica antropológica le sujeta á la animalidad y le repite el *memento te hominem esse*.

¡Quién tuviera el don divino de la elocuencia para cantar las armónicas relaciones que unen á todos los séres de la creacion y que forman un todo único é indivisible! Desde la humilde flora de las regiones polares hasta esos colosos del reino vegetal, como el célebre tejo de Foullebee y el pino de California que contando seis mil años de existencia, parecen acordarse de los primeros dias de la creacion; desde el animal microscópico de organizacion tan sencilla que está formado por un solo elemento celular, hasta esa máquina humana maravillosísima, en donde nada falta, ni nada sobra, para el cumplimiento de los altos fines que tiene encomendados, la trabazon es tan estrecha, la urdimbre tan apretada que mejor que una agrupacion inmensa de séres constituyen jnto con el planeta que pueblan, y con la atmósfera que los circunda y el sol luminoso que los vivifica, un gran todo único é indivisible. ¡Ah! sí: la ley causal es la unidad y la fenomenal el infinito. Hay unidad en los séres vivos, como haya unidad en las fuerzas físicas, como la hay tambien en los elementos químicos. Un sér está encarnado en otro sér: la pudorosa violeta de los campos no discrepa esencialmente de la vetusta encina que parece desafiar con sus nervudos troncos todas las inclemencias del tiempo; y la imprudente mariposa que revolotea y muere al rededor de una llama, no es ménos que el caballo indómito que corre por el prado con carrera vertiginosa.

Al través del prisma puramente físico no podria sostenerse que el hombre difiere esencialmente de los demás séres de la escala zoológica, porque al fin la análisis anatómica más deli-

cada divide y subdivide todos los órganos humanos hasta una expresión tal que es bien evidente que el organismo del hombre no es más que la suma de miles de millones de pequeñas células colocadas y articuladas con maravilloso artificio. El hombre, que está colocado en el más alto peldaño de la escala zoológica, no tiene ningún órgano, absolutamente ninguno, cuyos factores anatómicos no tengan su representación en otros seres más inferiores. Y esto es de tal evidencia, que siendo como es el hombre el ser más perfecto de la creación, esa perfección física resulta del armónico agrupamiento de sus piezas, que no de la sobresalencia de cada una de ellas.

El hombre no disfruta de la telescópica vista del águila imperial y del condor de los Andes, ni del finísimo olfato de los perros de caza, ni del delicado tacto del murciélago, ni de la agilidad del mono, ni de la fuerza de la hormiga, ni de la pródiga fecundidad del pez: pero, qué importa, si con los esplendores de su inteligencia, de esa actividad que está muy por encima de todo acto físico, puede dirigir su mirada hasta los más lejanos horizontes del mundo planetario, y moverse de un punto á otro del espacio con una velocidad que sólo las palomas mensajeras y otras aves de raudo vuelo sobrepujan, y con sus máquinas abre las mismas entrañas de la tierra para atravesarla montado en alas de ese monstruo llamado locomotora, y une las orillas de ríos caudalosos y separa continentes que estaban unidos, para que no haya divorcio entre las mares.

El criterio á favor del cual voy reflexionando sobre la índole propia de la personalidad humana lo juzgo tan divorciado del de los antropólogos modernos y del de los acérrimos enemigos del libre exámen acerca de estas cuestiones, que entiendo que todos los esfuerzos que yo pueda hacer en el sentido de ir aproximando el organismo del hombre al de los demás animales y de un modo muy especial al de los que se encuentran en los más altos peldaños de la escala zoológica, léjos de conducirme á la ingrata conclusión de que el hombre no es más que un animal perfeccionado; al revés, me

van á permitir la conclusion de que un profundo abismo separa la especie humana de todas las demás especies.

Pues bien, la ciencia demuestra que no hay un gran salto entre el encéfalo del hombre y el de los animales superiores, pues en los mamíferos placentarios aparece ya el cuerpo calloso, verdadero puente que une ambos hemisferios cerebrales, y que especialmente son muy grandes las semejanzas que pueden establecerse entre el encéfalo humano y el de los cuadrumanos, como son grandes tambien las semejanzas del plan de organizacion de todo el cuerpo.

Los monos antropoideos, así llamados por ser los más parecidos al hombre, son los catarrinianos, monos del antiguo continente, de nariz estrecha, sin cola y con 36 dientes. Son catarrinianos el *gorilla*, el *chimpanzé*, el *orangutan* y el *siaman*: el orangutan es el más parecido al hombre por la forma del cerebro y de sus circunvoluciones; el chimpanzé por la forma del cráneo y de los dientes; el gorilla por la configuracion de sus piernas y el siaman por la del pecho.

Hay monos, como el saimiri, con un ángulo facial de 66° , al paso que se observan hombres de la raza negra en los que solo mide de 65° á 70° ; bastante ménos que en el blanco que alcanza hasta 80° . Los negros se parecen á los monos por el cráneo comprimido, por la osificacion tardía del hueso intermaxilar, por la simetría y gran parecido de las circunvoluciones cerebrales, por la longitud de los brazos y por la estrechez de la pélvis; y corren parejas con ese paralelismo los naturales de Australia que se asemejan tambien á aquellos simiamos por el pié, que lo tienen ancho y largo, por la fina delgadez de los huesos de las extremidades y de los tobillos, por los brazos largos y por la nariz ancha y boca grande.

Y, señores, á pesar de esas semejanzas, los hombres sienten horror, como dice Haeckel, ante la idea de un origen simiano, porque este parentesco hiere evidentemente la razon y el sentimiento; nuestros juicios estéticos y nuestro amor propio se ofenden y afectan desagradablemente, porque al fin el mono es la caricatura, es la imágen alterada y poco simpático del bello rostro del hombre.

Si la relación orgánica que puede establecerse en la comparación de la especie humana y de los cuadrumanos es tan grande, la lógica y el buen sentido llevarían á la conclusión de que en la escala general de los seres habrían de ser precisamente los monos después del hombre los depositarios del mayor número de actividades psicológicas, y, sin embargo, dista mucho de ser así; como habrían de ser también los murciélagos los más afines de los simianos, ya que la zoología los coloca en la antepenúltima grada de la serie animal.

Pero quiero entrar por un momento en el terreno de las concesiones, suponiendo que en realidad el hombre no se distingue esencialmente de los brutos por su fisonomía intelectual y moral, ya que diferencias esenciales en punto á organización física, queda demostrado que no es dable admitirlas: pues bien, aquella suposición me conduce á demostrar que más paridad puede reconocerse entre ciertos animales inferiores y el hombre que entre éste y los cuadrumanos, y á nadie podrá ocultarse que semejante demostración ataca en sus fundamentos la teoría darwiniana de la evolución de los seres, por más que la justicia obliga á confesar que su autor no ha dicho nunca que el hombre derive de los actuales antropoides, sino de un progenitor anti-diluviano, tipo intermedio entre el hombre y el mono.

No es tan limitada la potencia intelectual y la afectividad de los seres que nos son inferiores, para que los miremos con desvío y nos podamos considerar en el derecho perfecto de maltratarlos. En verdad que pesa sobre el hombre, como pesa sobre los animales todos, esa ley durísima que se llama *luchar por la existencia* y que la vida de unos seres se sostiene á expensas de la muerte de otros seres, y que el hombre para vivir ensangrienta también sus manos; pero en el día no sin marcada repugnancia, podrían admitirse las opiniones de nuestro Pereira, que en su obra del siglo XVI, apellidada *Antoniana Margarita*, manifestó que las bestias no tienen la facultad de sentir ni de pensar; ni puede tampoco apreciarse como justa la célebre proposición de Descartes de que los animales, si cumplen actos al parecer de naturaleza espiritual, es en vir-

tud del ciego instinto, de la impulsión mecánica impresa á sus órganos, y que por tanto sus sentimientos y sus sensaciones son vana apariencia. Conceptos que al darse á luz, marcaron un lamentable retroceso en la historia de la filosofía, ya que Sócrates, Platon, Aristóteles, Celso, Plinio y sobre todo Plutarco en su *Tratado sobre la inteligencia de los animales* apreciaron la cuestión de muy distinta manera.

¡Ah! no: pasemos todavía porque se siga admitiendo en la psicología comparada la palabra instinto como indicante de un impulso más ó ménos irresistible que lleva á la determinación de actos materiales, pero no cerremos los ojos á la luz de la evidencia para negar á los animales inferiores cierta potencia intelectual y ciertos sentimientos. En representación de algo habrá podido decirse: *qui n'aime pas les animaux, n'aime pas les hommes*; por algo debe sufrir nuestra impresionabilidad moral cuando vemos maltratar á los animales, hecho frecuente solo en los países de escasa cultura; con algún motivo justo, aunque tal vez se incurra en la exageración, se habrá tratado de instalar sociedades protectoras de los animales: de otro modo estaria el hombre en su perfecto derecho de torturar y de martirizar á aquellos seres, sólo por el gusto de efectuarlo. Ya es bastante que las exigencias científicas permitan hacerlo á los fisiólogos.

No puedo resistir al deseo de transcribir aquí estas notables frases del Padre jesuita Bonjean: «Los cartesianos del mundo entero no podrian nunca convencerme de que el perro no es más que una máquina. Yo veo mi perro correr alegremente cuando lo llamo, colmarme de demostraciones de afecto cuando le acaricio, temblar y huir cuando le amenazo, obedecerme si le mando; le veo manifestar todos los signos externos que caracterizan emociones tan diversas como la alegría, la tristeza, el deseo, el amor, la ira. Así, aunque todos los filósofos del Universo se unieran para persuadirme, nunca jamás podrian convencerme de que el animal es una máquina.

¡Que la pasión de secta no ofusque nuestro entendimiento! Los animales piensan, tienen sentimientos, tienen voluntad,

tienen un lenguaje, si se quiere rudimentario, y estas cualidades psicológicas las despliegan en variable escala según sea la perfección de su organismo: aunque tampoco respecto de este particular se ve el ordenado desarrollo que pretenden las escuelas afectas al transformismo, una vez que animales que están muy abajo de la escala zoológica lucen cualidades más notables que otros más perfectos. No puedo por lo tanto formar coro con las opiniones de Kant y especialmente con las de su sucesor Fichte cuando admiten que todos los actos psicológicos de los brutos obedecen al ciego instinto.

Al contrario, la observación desapasionada de los hechos permite asegurar una mayor independencia y espontaneidad en los actos de los animales. Bastaría para mi aserto describir á vuela pluma hasta qué extremo se perfeccionan por la educación los perros ingleses y mallorquines de caza, y los caballos, los elefantes, los monos, las cabras y otros animales que el hombre ha podido reducir á la domesticidad; bastaría recordar la fidelidad del perro, y la memoria y el valor del caballo, de esos dos preciosos animales que son los compañeros y amigos del hombre, para adquirir el más firme convencimiento de que son falsas de todo punto las afirmaciones de los antiguos estoicos.

Pero ciertamente que, respecto de este particular, nada sorprende tanto, nada maravilla tanto como el estudio de las actividades que lucen unos seres organizados, diminutos por su talla, humildes por el lugar que ocupan en la escala zoológica, pero de tan asombrosa potencia en su vida de relación, que su contemplación asombraría si el ánimo no estuviera ya habituado al espectáculo de las grandes obras de la naturaleza. ¡Quién no conoce la vida social de las abejas y sus actos colectivos para el trabajo, con sus reinas, con sus esclavos y su reglamentación utilitaria! Pues aun son sobrepujados estos sencillos insectos, fábricas vivas de miel, por otros invertebrados aun más pequeños, pero más potentes, más audaces en su vida cooperativa. Si no estuviera yo convencido de que el hombre está á gran distancia de todos los demás seres y si las ideas darwinianas, en toda su pureza, hubiesen llevado á mi

ánimo un íntimo convencimiento, seguramente que más relación encontrara entre el hombre, sér social, y aquellos insectos, que entre él y los animales superiores, significándome muy poco que las grandes clases ó divisiones del reino animal formen séries *paralelas* y no *sobrepuestas*, de lo que resulta que el sér más superior de una clase inferior aventaja al sér más inferior de una clase superior. «La historia de las hormigas, » dice el apasionado Leuret, es la historia del hombre. Tienen » un lenguaje particular; construyen habitaciones con sus salas, » cuartos, antecámaras, tabiques, columnas, galerías, graneros, plazas y muros de defensa; entran en campaña, disponen batallas mortíferas, tienen amazonas, hacen prisioneros » y los reducen á la esclavitud y domestican sus vacas de leche, » cuidando asiduamente de su progenitura.» Huber, Lapelletier y Schwammerdam, al comparar las costumbres de las abejas y las hormigas, afirman que estas últimas levantan sus obras de fábrica con ménos gusto artístico que aquellas; pero en cambio no se sujetan como las abejas á las mismas reglas arquitectónicas, sino que saben adaptarse mejor á las circunstancias del lugar y de todo sacan partido. Las abejas no son muy solícitas con sus larvas y se limitan á llevarles el alimento dentro de sus alvéolos; pero las hormigas no solo han de alimentar á su prole, llevando el manjar á la boca de los pequeños, sino que durante las semanas que son menester para que su desarrollo se complete, los transportan de un lado á otro para ponerlos á cubierto de los cambios de temperatura. Es como aristocrática la organizacion de las abejas; y la de las hormigas, sin jefes ni superiores gerárquicos, constituye una especie de socialismo en el que la igualdad absoluta es la ley. Las hormigas de las diversas colonias limítrofes declaran sus guerras, que llegan á ser violentas, y formalizan sus armisticios, se entregan al pillaje, y cualquiera diria que conocen los secretos de la estrategia. Se está librando una batalla entre un ejército de hormigas sanguinarias y otro ejército de hormigas de las praderas; andan revueltas en la lucha, abundan ya los heridos, pero si en aquel momento de confusion se dejan caer junto al grupo de combatientes algunas gotas de miel, de la

que siempre se han mostrado muy ávidas, se verá como rápidamente queda enfrenado el ardor de la pelea, porque muchos soldados se precipitan á saborear aquel néctar y vacilan luego un instante entre volver á la muerte ó retroceder en alas de la sensualidad, hasta que al fin vuelven á entregarse á la lucha con todo coraje.

En vez de esas apuntaciones gráficas que entresaco de los novísimos estudios entomológicos, holgárame en dar una amplia explicacion de la vida psíquica de aquellos maravillosos séres, sino me lo vedaran los reducidos límites de un discurso; y, si no temiera fatigar al respetable auditorio, no descuidaria en este instante la descripción de la masa cerebral de aquellos insectos, la mayor despues de la humana en relacion con la talla del individuo y la más perfecta en su distribución dentro de la série de los invertebrados. Semejante trabajo me llevaria tambien á la descripción de los actos convulsivos que se desarrollan en las hormigas cuando su cerebro es lesionado, y del sostenimiento de los actos encefálicos cuando las heridas solo interesan el tronco: así comprenderíase cómo al seccionar una hormiga por su mitad, dejando íntegra su cabeza, sigue aun marchando adelante con sus compañeras á favor de sus extremidades anteriores.

¡Y qué admirable es todo esto, señores! ¡Qué delectacion no causa en el espíritu más frio, la contemplacion de tantas maravillas como la mano de Dios ha derramado sobre la tierra!

Hasta aquí la demostracion de que gran parte de los atributos que se asignan á la personalidad humana tienen un eco, débil ó potente, en los organismos más inferiores, bien que bajo el punto de vista psicológico no se descubre un desarrollo gradual y armónico desde los séres más simples á los más perfectos, siguiendo una línea paralela con el perfeccionamiento físico.

Mas, *e pur si muove*. Apesar de todo esto la asídua lectura de las obras modernas de antropología no ha podido convencerme de que el hombre no se diferencia esencialmente de los demás animales. Digo y sostengo que el hombre, por su con-

dición física y material, es el organismo más perfecto de la escala zoológica y forma tan solo un eslabon de la gran cadena orgánica; pero voy ahora á demostrar que por sus condiciones psicológicas el hombre forma un reino aparte dentro de lo creado, ya que goza de unos atributos que no tienen formal representacion en ningun otro sér; y si las diferencias físicas no son esenciales y lo son las de órden intelectual y moral, quedará tambien demostrado que el hombre es un sér complejo, constituido por la dualidad de un factor corporeo é incorpóreo, y que de ninguna manera puede aceptarse el criterio materialista.

Y no se crea que opine de tal suerte por graves cuestiones de dogma, no; pospongo en este instante toda idea nacida de fé ardiente y busco las pruebas en la razon pura, porque no quiero apartarme en estos momentos del criterio positivista que me lleva á admitir los hechos tales como son y no como convengan á las creencias de cada uno.

El hombre es un sér psicologicamente perfectible; el hombre además es un sér que tiene dos ideales que se reasumen en el sentimiento religioso y en el sentimiento de la patria. Hé ahí la síntesis de su carácter distintivo; y desde luego puede declararse que la moderna antropología lo desatiende, porque se empeña en no estudiar al hombre en su natural agrupacion llamada, humanidad, sino como individuo independiente.

Que el hombre es un sér perfectible, ¿quién podrá negarlo? Pero si el vigor de su inteligencia se revela por actos científicos, artísticos é industriales, ¿quién posee pluma tan fácil que en breves páginas pueda trazar á grandes rasgos la historia de la ciencia, del arte y de la industria desde sus comienzos, allá en los imperios asiáticos y africanos hasta sus últimas disquisiciones en todas las partes del mundo? ¿Qué digo, la historia toda, desde su principio hasta nuestra época! ni siquiera juzgo posible la dilineacion del gran avance científico, artístico é industrial del siglo XIX. Es de tal evidencia el progreso en todos los ramos del humano saber, que ni todos los sudores de la prensa parece que son bastantes para dar á luz tan variadas conquistas. Con justa razon ha podido

decir un escritor tan elocuente como erudito: «Negadle otros atributos al siglo, pero no le negueis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho á la edad presente, bien al revés del arte, en que son eminentemente individuales, así la inspiracion como el ingenio. Pero no dudeis que ciertos progresos bastan á engrandecer y sublimar nuestra edad. Los telescopios que llegan á quince leguas de la luna, los reflectores que corrigen las impurezas del cristal, han abrillantado y engrandecido las regiones sidéreas. La unidad de la materia se ha visto descomponiendo hasta la última nebulosa en las rayas del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha demostrado como se enlazan el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La química ha encontrado el alma del fuego, como el alma del agua. Se ha revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, y si á otro siglo le ha tocado mostrar la gravitacion universal y la armonía entre los astros, hale tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su cohesion misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestra edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales tambien nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes á que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la série sistemática y armónica de todas las plantas. Nunca como hoy fué escudriñado el planeta desde el trópico al polo, y lo mismo sucede con el hombre. Desde la Fisiología hasta la Psicología; desde la Física hasta la Metafísica; desde la Estética hasta la Historia; desde la Química orgánica hasta la Geología; desde la clasificacion de los séres hasta la clasificacion de los sistemas: toda esta multitud maravillosa de conocimientos ha esclarecido los abismos encerrados en el alma y en el Universo, iluminando al hombre, que ve la idea de las cosas y que las eleva á lo infinito y las enlaza, con lo absoluto y con lo eterno.»

El progreso existe; y ¡ay de nosotros si la perfectibilidad del hombre no existiera! No nos distinguiríamos hoy de aque-

llos primeros hombres de la época prehistórica, condenados como hijos malditos á sostener abierta lucha con los elementos ingratos y con las bestias feroces: y ni siquiera nos distinguiríamos de aquella gran sociedad egipcia, primera manifestacion del asombroso empuje de la humana inteligencia; antiguo Egipto que fué capaz de levantar templos como el de Karnac y sepulcros como las Pirámides; de navegar por el gran Nilo; de conocer las matemáticas en toda la extension que demuestran su catastro, sus obras públicas y sus monumentos artísticos; de estudiar la astronomía hasta el punto de clasificar las estaciones del año y sus meses y sus dias; de ser agricultor y cultivar el algodón y el lino, y de permitirle sus conocimientos industriales, fabricar armas, joyas, muebles primorosos y tejidos magníficos. Si el hombre no fuera un sér perfectible, el hoy de las sociedades no se distinguiría del ayer; y aun no hubieran caído derrumbadas por su misma pesadumbre aquellas sociedades paganas que parecían descansar, como sus esfinges, sobre base de granito, para dar entrada al espíritu vivificador del cristianismo.

○ Pero algo debe haber en las agrupaciones humanas distinto de cada uno de los factores que las integran, cuando, á pesar de esta perfectibilidad que es evidente, la marcha general de las sociedades que al través de los siglos han ido apareciendo, no ha sido rectilineamente progresiva, sino tortuosa, y hasta con prolongados eclipses. Así se vieron caer Nínive y Babilonia, y mudas están sus ruinas; así cayó Cartago; así se derrumbó Bisancio y el dominio de los antiguos Césares; así se bambolea en nuestros dias, carcomido por el fatalismo de Islam, el imperio otomano que con sus trémulos dedos aun tiene asido el Oriente de Europa y el Occidente de Asia; así están agonizando los rajás de la India por no poder asimilarse la sangre de la poderosa Inglaterra; y, en cambio, hemos visto aparecer en las fértiles praderas de la América del Norte una poderosa república que, con solos dos siglos de existencia, ha adquirido las proporciones de un coloso que amenaza tragarse la vetusta Europa; y, en nuestros dias, mientras á la antes poderosa España ya se le pone

el sol en sus dominios, como si volvieran á levantarse las columnas de Hércules; y el imperio de los papas solo tiene por alcázar las conciencias de millones de católicos, se han formado en el mediodía y en el centro de Europa dos grandes naciones que eran ayer en la geografía un punto casi microscópico.

Todo esto ha sucedido porque si bien el hombre bajo su aspecto físico permanece casi inmutable al través de los tiempos, la humanidad es móvil y oscila, y se agranda, y se empequeñece, y vuelve á crecer sin darse un punto de reposo.

Así se comprende el progresivo desarrollo del lenguaje desde el grito gutural de los Faus africanos y el grito mas estridente de los Ajetas de Luzon y de los Botonudos del Brasil, que parecen no tener mayor número de sonidos articulados que otros seres de categoría inferior (1), hasta el esplendor armónico de algunos idiomas modernos; y así se comprende que haya lenguas vivas y lenguas muertas ó que están ya agonizando, como el sanscrito, el pehlvi, el egipcio, el caldeo, el hebreo, el griego y el latin: es que sirviendo el lenguaje á la expresion de las actividades psíquicas, variando estas conforme se ha demostrado. debe variar tambien la forma de su manifestacion.

Y, sin embargo, los otros seres de la escala zoológica siguen desenvolviendo todos los actos de su vida dentro del círculo de hierro que les trazara el Creador, y la hormiga, hoy como ayer, continúa trabajando para llenar sus graneros y sigue librando batallas sin nuevas estrategias, y la abeja liba las flores para elaborar la miel de siempre, y el castor continúa fabricando sobre la mansa superficie de las aguas sus maravillosos palacios, y no ha perfeccionado su ladrido el perro, ni el mahullo el gato, ni el mugido el toro, ni el relincho el caballo, y el ruiseñor, sin progresar en sus cantos, saluda cotidianamente con sus trinos la salida del sol.

Pero decia há poco que el hombre tiene tambien sus idea-

(1) Segun Despont los pichones disponen de 12 sonidos; los perros de 15; los gatos de 14, y algunos rumiantes de 22.

les, que siente latir dentro de su corazón un algo misterioso que el más delicado escalpelo no acierta á descubrir, tan escondido está entre sus pliegues; un algo que se llama sentimiento religioso y sentimiento de la patria; instinto, creencia, si se quiere, que no resulta de la tradición, ya que nos podemos sobreponer á ella en virtud de juicios propios; ni resulta de razonamientos, sino de otra fuerza más superior que se produce espontánea é inevitablemente en todo hombre que viene al mundo, como hecho inherente á su misma naturaleza, que escapa á todas las influencias de escuela y se manifiesta por todo, aunque robando á la tradición la forma y los detalles. La lectura de trabajos los más recientes que he tenido ocasión de consultar demuestran que se ha inaugurado alrededor nuestro un positivismo espiritualista, á favor del cual, dejando á un lado todas las querellas de escuela y de dogma sobre la realidad del principio inmaterial, se reduce á hacer constar hechos demostrados por informaciones etnográficas; y es positivista aquel modo de apreciar las cosas, porque no procede con intención preconcebida: calificación de espiritualista que es muy necesaria como correctivo del erróneo significado materialista que por muchos se está dando aun al positivismo.

Ahora bien: cuando se analizan y depuran los hechos, se viene en conocimiento de que la religiosidad ha formado esencial carácter de la especie humana. Ya hemos visto que en la aurora de la humanidad, allá en los tiempos prehistóricos, se depositaban cuidadosamente los muertos en el interior de las cavernas para que quedaran á cubierto de la injuria de los tiempos y de la profanación de las fieras, y que dejábanlos con sus armas de combate y hasta con sus joyas; ¿y qué significa esto, sino una acción respetuosa á los muertos, al fin una especie de culto ó algo que, en aquella infancia de los hombres, no pasaria tal vez de un presentimiento de la otra vida. Más hácia nosotros vemos sociedades poderosísimas vivir en la creencia firme de múltiples divinidades olímpicas, constituyendo esa falsa mitología que con fuerza iconoclastica pulverizó el Evangelio. Y otros pueblos, formados

por millones de criaturas, se han ido desenvolviendo al calor del *boudhismo* que admite una causa primera creadora aunque indefinida, y una série de premios y castigos que se dispensan ó inflingen, segun las cuentas rendidas por los Davadung, especie de génios de vigilancia que, como otros Argos, nada se les oculta; y admite que las virtudes están grabadas en tablas de oro depositadas en el cielo y los vicios sobre la piel de animales inmundos; y que los que han cumplido como buenos vuelven á la tierra para perfeccionarse despues de gozar de inefable dicha en los ocho órdenes de cielos, hasta que á fuerza de purificaciones, alcancen el Niphian, suprema dicha de morir sin renacer, ó sea lo que es para ellos eternidad de la nada; al paso que los réprobos van de uno á otro de los ocho infiernos, agravándose por grados su mísera condicion.

Y dice tambien la historia que los antiquísimos pobladores de las Américas tenían tambien creencias de ultra-tumba. Así en México, como en el antiguo Egipto, se consideraba que el paraiso estaba en el sol, y á él volaban los que habían muerto en guerra ó eran inmolados en sacrificio, y despues de cuatro años de residencia se convertían en aves hermosísimas, pero sin volver jamás á la tierra, y admitían tambien otro cielo más modesto entre nubes y sobre las montañas, al que iban á parar los muertos por el rayo ó de lepra y otras enfermedades que se especificaban; y todos los demás mortales caían precipitados al infierno, lugar lóbrego y espantoso, gobernado por una suerte de Pluton y Proserpina: por manera que en lo que había de ser más tarde Nueva España, solo se premiaba ó se castigaba en virtud del modo de morir, (*un bel morir tutta una vita onora*), y no por la conducta observada durante la vida. Bien que no sabiendo apreciar las masas esas sutilezas causísticas, creían á los sacerdotes cuando les aseguraban que los premios y los castigos se ajustaban á las buenas ó á las malas obras.

Y dice tambien la historia que todavía hay indios que, como los antiguos griegos y romanos y como los actuales hijos del Celeste Imperio, creen que las almas penan, y para desagraviar á los manes, les ofrecen viandas el dia de los

muertos. Y vino el cristianismo y se operó una revolución radical en las conciencias, que no pudo impedir toda la despótica crueldad de los emperadores romanos, y han transcurrido diez y nueve siglos desde la venida de Jesucristo y se cuentan ya por miles de millones los hombres que han aceptado como religion única y verdadera la predicada por los doce apóstoles. Y otros pueblos que hasta ahora se han hecho refractarios á la doctrina cristiana, unos creen que «Dios es Dios y Mahoma su profeta;» otros sepultan sus cadáveres en rios sagrados y otros no titubean en abrirse el vientre y suicidarse con la esperanza de un mundo mejor. Y otros pueblos que han vivido y viven aun en la barbarie, y que en virtud de actos místicos son supersticiosos, sacrifican centenares de inocentes, adoran animales que creen sacratísimos; y si hasta ahora han resistido los generosos esfuerzos de los misioneros, no han de tardar, no, si tenemos fé en el progreso, en volver sobre su error y en aceptar una religion más en consonancia con la dignidad del hombre y con el cumplimiento de sus fines en la tierra.

Dígase despues de esto si puede sostenerse la tésis de que en el hombre, como condicion de su propia personalidad, no anida un sentimiento religioso, y dígase tambien con toda sinceridad si nada, absolutamente nada de lo que se descubre en los actos externos de los animales todos, sean de la clase que fueren, puede dar la menor idea de que bajo aquel supuesto hay relacion entre ellos y el hombre. Todo hombre tiene una religion, todo hombre siente la necesidad de adorar algo, y si alguno hay que ni siquiera llegue á admitir la existencia de una Causa creadora para admirarla, este hombre, no lo dudeis, adora algo, no fuera de sí, sino dentro de sí mismo, y este algo es el altar de su conciencia.

Por fin, señores, todo hombre y toda colectividad humana siente latir en su pecho el sacro amor de la patria; amor de la patria que junto con el impulso religioso de cada pueblo, forma el eje alrededor del cual han ido girando las grandes heroicidades que la historia nos cuenta.

No es por el amor de la patria que la codorniz cruza el

Mediterráneo y viene á Europa, y aquí procrea para volver mas tarde á saludar la costa africana; y que millones de peces abandonan las frias aguas del Norte, navegando en apretadas filas hasta llegar á los templados mares que bañan nuestras playas, é invirtiendo despues la direccion, retornan al primer punto de su partida; nó: es por el instinto de su conservacion, por el instinto de su reproduccion, que de una manera ciega y fatal les obliga á aquellos actos; no necesitan brújula, ni conocimientos astronómicos, hay sí un impulso interior, irresistible, que los guía; así se comprende que algunas aves de paso que vegetan aprisionadas en cárcel doméstica, cuando suena la hora de la emigracion, fracturan su cráneo con furia loca contra los alambres de su jaula.

La patria es la zona que la naturaleza nos ha concedido, con sus mares limítrofes, con sus rios, sus montañas y sus praderas; la patria es el pueblo en que hemos nacido, con sus horizontes siempre poéticos; la patria es allí donde han nacido nuestros padres, donde descansarán los cadáveres de nuestros hijos; donde se habla nuestra lengua, donde se adora el mismo Dios, donde se ha educado nuestra inteligencia, donde se ha ganado el pan con el sudor de nuestra frente: esta es la patria, esta es la atmósfera cuyo ambiente respiramos y que nos fortifica. Por ella sentimos, por ella nos sacrificamos: por la patria ha habido un Guzman que llegó á eclipsar en su corazon los sentimientos de padre; por la patria las mujeres de Sagunto y Numancia, más crueles todavía porque al fin eran madres, sacrificaron á sus propios hijos para evitarles la vergüenza de caer en manos del invasor; por amor á la patria un Hernan Cortés, dijo: *quemad las naves*, frase heroica que no sabemos si tiene igual en los fastos históricos; por amor á la patria se desplegó en tierra de España aquella lucha sublime que duró siglos, en la que se vió el ardor y la sangre de la Arabia en pugna incesante con el estoicismo cristiano de los hijos de Occidente; verdadera Iliada digna de los cantos de un nuevo Homero.

Así, señores, es como entiendo que debiera estudiarse la cuestion: no con esa frialdad glacial de los sabios antropólo-

gos que se limitan á practicar lo diseccion del hombre en condiciones de aislamiento, como se estudia una flor exquisita y como se estudia un insecto hermoso, sino en su agrupacion con sus semejantes, formando sociedad, constituyendo grupo histórico, porque solo de esta manera es como pueden justificarse una série de circunstancias que solo se ponen de relieve á favor de las relaciones y reacciones misteriosas que por el mútuo contacto se desarrollan.

Al comprender que he fatigado en demasía la benévola atencion de este respetable concurso, os diré que la conclusion sintética que deriva de mis consideraciones es la que sigue:

El hombre, físicamente considerado, no difiere en esencia de los demás séres de la escala zoológica, porque en la naturaleza todo es armónico. Varias de las aptitudes psíquicas del hombre las poseen los animales; pero desde el instante en que puede demostrarse que le son privativas algunas, las más sobresalientes y las que más carácter imprimen al organismo de las sociedades humanas, debe concluirse que bajo el supuesto psíquico el hombre forma un reino aparte dentro de lo creado.

Copérnico derrumbó á Ptolomeo demostrando que la tierra no era el centro del mundo, sino un grano de arena lanzado en el Universo, un astro entre millones de astros; Copérnico mató la antigua concepcion heocéntrica y creó un nuevo sistema del mundo, al que Newton, por su teoría de la gravitacion, dió base matemática. Pero dificulto que Lamark haya logrado derribar la teoría antro-pocéntrica del mundo, segun la cual el hombre es centro y fin de la creacion, y dificulto tambien que Darwin haya podido realizar su ideal de dar base fisiológica á las ideas de Lamark. Para llevar á mi ánimo el convencimiento, necesitaria que se rebatieran todas las opiniones vertidas en este discurso y que constituyen la síntesis de mi criterio.—HE DICHO.

Barcelona 28 de Noviembre de 1881.

SIMON GOMEZ.

Trabajo leído por D. JOSÉ MASRIERA en la sesión necrológica celebrada el día 21 de Abril de 1880 en el ATENEO BARCELONÉS, dedicada á la memoria del distinguido y malogrado pintor.

Nació Simon Gomez el día 3 de Marzo de 1845 en honrada y modesta cuna. Su época, iniciadora de grandes evoluciones, contenía aún en España aprisionado ó dormido el sentimiento popular de lo bello, y los artistas de profesion pugnaban por atraerlo y elevarlo á las regiones de las artes.

La profesion no podia ejercerse más que como un sacerdocio, augurándose más risueño porvenir á los que nacieron á la sazón para florecer en nuestros tiempos.

La precocidad de Simon Gomez demostró que era uno de los escogidos para el cumplimiento de aquella mision, dando pruebas de un desarrollo intelectual muy indicado en la percepcion y observacion de las manifestaciones estéticas.

Cursó un año latin en el Instituto é ingresó en la Escuela Industrial; pero en breve, obedeciendo á los impulsos de su vocacion, comprendió y comprendieron tambien los individuos de su familia, ignorando la forma en que debiera precisarse, que era vocacion de artista y que debia consiguientemente procurar atenderla con medios adecuados.

Pasó algun tiempo en el taller de un grabador al boj, y de este pasó al del artista D. Eusebio Planas, de quien recibió sus primeras lecciones de dibujo. Adelantando en él rápidamente, estudió su aplicacion á la litografía, en la cual trabajó por espacio de bastante tiempo, mientras que por consejo de Planas fué á estudiar en la Escuela de Bellas Artes de nuestra ciudad el dibujo del desnudo y la enseñanza superior teórica de las artes gráficas, recibiendo á la vez lecciones particulares de los artistas profesores D. Ramon Martí y D. José Serra.

Sin haber cogido todavía la paleta, pero como presintiendo el color, fueron ya sus estudios al lápiz de aquella época, obras de verdadero precio que atestiguaron la potencia creadora de

Gomez, proclamándole fiel observador de la forma y de la vida.

Llegado á Paris por consejo de sus profesores, de sus amigos y de su conciencia, se ocupó largo tiempo en seguir prestando tributo á su aptitud, y sacó admirables copias al lápiz de los cuadros de Teniers y de Wan-Ostade, y del pintor contemporáneo Couture, mientras esperaba que este abriera un curso en su taller, para ingresar en el cual, más que para otros fines, habia hecho Gomez su visita á la capital de Francia. El curso de Couture no se abria, en cambio inauguraba el suyo tras la vacacion la Escuela de Bellas Artes, y Gomez ingresó en ella bajo la direccion del pintor Cabanel, quien en vista de la favorable opinion que debieron merecerle los dibujos, indujo á Gomez á que pintára, comprendiendo el éxito que estaba reservado á nuestro malogrado paisano.

Su asistencia á las clases nocturnas de dibujo del desnudo y del antiguo fué continuada; y mientras en ellas, en las que se ingresaba por oposicion, obtuvo una mencion honorífica, eran vistos con aplauso sus ensayos pictóricos originales y copias de Salvador Rosa en los talleres de la Escuela Imperial. El pintor Cabanel y el director de la Escuela Robert Fleury vigilaban asiduamente los pasos dados por el jóven Gomez; se interesaban por él, declarados admiradores de su talento y se propusieron obtener de la reina doña María Cristina el señalamiento de una pension en su favor. No habiendo tenido resultado este propósito por circunstancias especiales, decidióse Gomez á salir de Francia para regresar á Barcelona; pero habiendo efectuado en París la venta de una de las copias antedichas, quiso con su producto realizar una idea, la que más acariciaba en sueños porque venia á constituir en él una aspiracion basada en la especialidad de su sentir y que la índole de sus obras justifica. Era visitar las obras inmortales de la escuela clásica española en el Museo de Madrid, cuyos esplendores presentia. Realizó por fin esta esperanza y su admiracion pasó al asombro contemplando las maravillas que habia soñado, y viendo en ellas la misma forma, la misma expresion que habia concebido su mente, sintiéndolas como

hijas de un sentimiento que estaba en él; analizándolas como hijas de un criterio que era el suyo; comprendiéndolas como producto de individualidades de su mismo carácter. En su ardorosa fantasía debió dudar de si vivía él entre aquellos hombres como compañeros suyos, inspirándose en las romancescas costumbres de su época, ó si venían para saludarle en su contemplacion. Dos dias bastaron para esta especie de revelacion, desde la cual hemos de considerar á Gomez nacido como artista, con individualidad marcada, con carácter y estilo propios, con robusto é invariable criterio y con el propósito firme de no abdicar de él, como se vé por el sello que ha impreso á cuantas obras nos ha legado en honra y gloria de Cataluña.

Impresionado hondamente, avivados su imaginacion y su deseo por el fuego de la juventud y la misteriosa exaltacion del entusiasmo artístico, debió á su regreso sentir la necesidad de espaciarse en vastos horizontes; no podia contener su afan en estrechos límites y compuso un cuadro de grandes dimensiones representando el martirio de San Sebastian, con figuras de tamaño natural, para concurrir á la exposicion que se celebró en la Academia de Bellas Artes de nuestra ciudad en 1866. Esta composicion reveló cuantas circunstancias determinaban el génio de su jóven autor, descollando como punto cardinal, la observacion de la naturaleza en sus más culminantes acepciones de vigor, de luz y de forma.

Juntamente produjo un cuadro, trasunto de la escuela de Velazquez, que tituló: «Primeros años de filosofía,» representando á dos jóvenes que al parecer filosofaban á su manera junto á la mesa de una taberna. Ofrecia aquel cuadro un conjunto que habia de recordar al inmortal maestro en el espíritu y modo de ver, pero sin asemejarse ni parecerse siquiera á obra alguna determinada, dejando entrever ya entónces el secreto de conservar dentro de aquel estilo clásico los caracteres propios de nuestra localidad, en cuyos modelos inspiróse siempre para sus creaciones.

Otro cuadro produjo en la misma época, al que dió por título «Un tipo español,» representando la figura de un viejo

de relevante espresion y pintada la cabeza con verdadera maestría, que mereció los plácemes de las personas inteligentes. Cumplido con esto el designio de ofrecer la primera muestra del impulso á que obedecian sus facultades, emprendió nuevamente un viaje á Madrid, animado por el único objeto de visitar otra vez el Museo, penetrar más y más en los arcanos sublimes del arte de Velazquez, sacar una copia del famoso cuadro «Los borrachos» y aprovechar la consiguiente enseñanza que reportara, para volver pronto á su hogar, enriquecido con tan importantes datos. Este era su propósito, que pretendió llevar á cabo con entera conviccion, pero el procedimiento mismo que empleaba ponía en público su valer, y tuvo que dar tregua á sus creaciones para dedicarse á trabajos de copia que eran cada día más solicitados.

Así fué como su pincel, visto y admirado en el Museo, se vió obligado á reproducir hasta la tercera vez la citada obra de Velazquez por encargo de varios pintores ingleses.

Favorecido en esta parte de su carrera, y ya que de sus prácticas no dejaba de percibir saludable enseñanza, siguió más tiempo favorecido por la demanda de sus copias en el Museo, ejecutando la del «Dios Marte», de Velazquez; «La Virgen y la Sacra familia», de Murillo, llamada vulgarmente del «Pajarito»; «La Perla» y «La Virgen del pez», de Rafael, y el «Entierro de Jesucristo», de Tiziano.

Lo prolongado del estudio le hizo insistente en seguir prestando tributo á sus primeras inspiraciones, comprendiendo que las obras de la escuela española venian á justificarlas y alentarlas trazándole el camino de la verdad estética, fundada en la verdad natural, en cuyo sendero las obras del hombre llegan á ser inmortales.

Regresó á Barcelona en 1869, contrajo matrimonio, concibió fundadas esperanzas para el porvenir y estableció su taller, que fué bien pronto un punto de cita para las personas iniciadas en el arte.

Instalado ya debidamente, difundido su nombre y en aumento las aficiones estéticas de nuestra patria, donde si no podemos afirmar todavía que se haya llegado á la justa es-

presion del buen gusto, encontramos pruebas ostensibles de que se lucha victoriosamente en beneficio de tan noble fin, empezó á concebir y ejecutar nuevas obras, ofreciendo al público repetidas muestras de su talento, que hoy por hoy, en centros oficiales y en los salones particulares, proclaman el mérito del malogrado Gomez.

Es difícil tarea emitir un juicio crítico de las producciones que ha dejado nuestro pintor. En nuestra época, injustamente increpada de indiferente y egoista, el amor á lo bello y en su virtud el tributo que se rinde al arte que lo produce, aceptándolo en todas sus manifestaciones; el afan por lo culto y la avidez con que se revisten de simpáticas apariencias todos los actos de la vida, tienen su lógica esplicacion en las puras regiones del sentimiento; y si en la práctica se satisfacen necesidades morales, el fin es noblemente grande por ser civilizador, todo lo cual ha multiplicado sobremanera el número de obras de cada artista. El arte moderno, dividido en sus producciones, tiende cada dia más á penetrar en estrechos recintos, donde adquirido fácilmente por todos, acabe por realizar en todas partes su mision benéfica. Es un hecho innegable el que las obras de Simon Gomez adornan las estancias de los capitalistas de nuestra ciudad, y al propio tiempo las habitaciones de modestos industriales á cuya fortuna no eran inaccesibles. Resumiéndolas, se deben hacer notar como una importante coleccion de testas de estudio, sacadas del natural, sorprendidas por la interpretacion de Gomez en los momentos exuberantes de vida y de espresion. Los tipos eran constantemente variados y casi siempre genuinos de nuestra provincia, pero Gomez les imprimia al reproducirlos un carácter distintivo de idoneidad que avaloraba su representacion, sin que el espectador se fijara en aquellos accidentes que revelan de un modo exclusivo el origen local é individual de un modelo.

No obstante la citada variedad escogida por el autor, descollaba en la coleccion el tipo del hombre viejo, roido por los rigores de la intemperie, vuelta en hábito la mendicidad, y la niña morena, con ribetes de hechicera, apareciendo bajo la forma de la gitana ó simplemente de la picaresca muchacha

española. Bajo la morbidez de aquellos rostros, acentuados generalmente en la accidentación de sus formas y siempre destacados sobre un fondo oscuro sin detalles, se advierte como un toque de romanticismo, un espíritu de leyenda que lleva á pasadas épocas, sin que deje de fundarse en sentimientos é ideas contemporáneos, puesto que el arte en su esencia responde á motivos verdaderamente universales que lo aquilatan y engrandecen. A tales consideraciones lleva particularmente el cuadro titulado «Las cartas», que representa la visita de unas lindas jóvenes conducidas por una su amiga á la casa de una vieja adivina; cuadro que llamó notablemente la atención en nuestra ciudad, y fué pintado para servir de pareja á otro, de composición anterior, cuyo título era «Yo también fuí soldado», el cual reproduce la escena de un cuartel, donde invitado á beber un pobre viejo por varios jóvenes soldados, les refiere su amarga historia. Escenas todas populares, que por serlo y ser sorprendidas inspiradamente por el artista, rebosan la melancólica poesía que se nota en sus obras. En el mencionado cuadro de «Las cartas» y aparte de las bellezas de ejecución comunes á todas las producciones de Gomez, nótese como mérito distintivo la diferente expresión de cada una de las figuras, según, en un mismo acto, revelan situaciones individuales, sentimientos, edades, prácticas, costumbres y temperamentos distintos. Así, pues, vemos en frente del tipo antipático de la vieja, vuelta de espaldas al espectador, pero no tanto que oculte por completo su rostro maligno, á la joven protagonista con la mano extendida para dejar que lea en ella su presente y su porvenir, y con semblante triste que deja dudar de si obtiene predominio en su ánimo el sentimiento de la ansiedad sobre el de la repugnancia y temor que la escena le infunde. Otra más joven asoma la picaresca cabecita sonriendo, sin retratarse en su rostro más que la expresión de la curiosidad, mientras la última, que representa ser la introductora, en ademán de estar familiarizada con el motivo de aquella sesión, espera impávida el fallo de la hechicera.

Fueron muchos los asuntos de género tratados por Gomez,

descollando siempre en sus composiciones las cualidades enumeradas, con la particularidad de no haber podido el ojo escudriñador del crítico fijarse jamás en el menor indicio que presentara á nuestro artista vacilante, ni un solo momento, en el camino que emprendió, en los procedimientos que adoptara al verse acariciado por el arte, y en las acepciones estéticas en que tomaba la naturaleza. Así fué produciendo con el afán de mejorar dentro del universal concierto de las artes, pero jamás optando por apropiarse ó imitar ajenos estilos, sino aspirando siempre á mejorar el suyo propio, ensanchando los límites de su individualidad característica, peculiar y triunfante en todas sus producciones.

Respectivamente pueden hacerse las apuntadas observaciones siguiendo á Gomez en sus diez años de produccion, de 1869 á 1879, en cuyo decurso pintó mucho; debiendo citarse, además de los varios retratos de conocidas personas de nuestra capital y de los dibujos que constantemente se le encargaban, composiciones pictóricas muy simpáticamente conocidas, como son: «Los jugadores», «El borracho», «Una rubia y una morena», «Penas de amor», «L' hereu», «Ponceleta» y otros hasta llegar al final de su tristemente corta carrera, en que produjo su «Cármén», «Terzetto», «Mariposilla» y «Viva la Pepa», esta última de verdadero aliento, de grandes condiciones en el dibujo y de entonacion potente.

En el género religioso no fué ménos fecundo, habiendo ejecutado muchas obras con escrupulosa conciencia de artista. No abandonó ninguno de los medios que le sugeria su paleta ni la menor de sus condiciones de dibujante, pero le llevaba su tino á acentuar aquellos rasgos que pudieran imprimir un sello característico al estilo, y sus cuadros aparecian ante todo bajo la forma de la realidad severa, modelada y sóbria.

Los cuadros producidos de este género fueron: «San Buenaventura», que figuró con aplauso en alguna exposicion; «San Lorenzo», «San Clemente», «San Pablo», «San Leopardo», «Aparicion de Jesús», «Corazon de Jesús», «Virgen de la Saleta», «Proclamacion del dogma de la Concepcion», siendo el de mayores dimensiones «Moisés salvado de las

aguas», representado por figuras de tamaño natural. La entonación de este cuadro, quizás el que más difiere de todos los restantes, es de una exquisita suavidad, que obligó al pintor á tratar el modelado con cierta sutileza de contrastes. Pudiera decirse que es un ensayo del cual salió triunfante, presentando un conjunto ante el cual el ánimo del espectador se espacia, llevando su imaginación á las orillas del Nilo, donde los personajes adquieren el tinte de la azulada atmósfera africana.

Debiendo proveerse la cátedra de colorido de nuestra Escuela de Bellas Artes, presentóse á oposiciones Simon Gomez, y concedida la cátedra á su opositor, pudo presenciar orgullosa nuestra capital, en bien de sus glorias, cómo en la empeñada lucha del génio quedaban engrandecidos vencedor y vencido. Aquel suceso puso una vez más de relieve las grandes condiciones de nuestro pintor; así lo atestiguó nuestro público llenando el salon de la Academia, para contemplar las obras de los opositores y dirigirles sus calurosos vítores. El asunto del cuadro, elegido por sorteo, como es costumbre en oposiciones, resultó ser: «Judas en su desesperación ante los individuos del Sanhedrin», para ser ejecutado con figuras de tamaño natural. El tema era oportuno para el lucimiento de las facultades de Gomez, y tuvo ocasion con él de demostrar más que nunca la brillantez de su paleta, el ajuste de la línea, la expresion robusta del concepto y un modo especial de ejecutar, cuya simplicidad es la cualidad más relevante. Estas condiciones de alta estima descuellan magistralmente en la figura del protagonista, elevándola á una altura á donde pocas producciones de nuestra localidad alcanzan, lo cual, reconocido por la Excma. Diputacion provincial, haciéndose justamente eco de la opinion unánime de Barcelona, hizo que adquiriese el mencionado cuadro, con verdadero aplauso de cuantos se interesan por la prosperidad de nuestras artes.

Próximo estaba para Gomez el fin de la fatigosa lucha que debe sostener todo artista en su carrera hasta llegar el dia en que la fama le impone á la consideracion del público. Contemplaba ante sí un porvenir lisonjero para solaz de su espí-

ritu y satisfaccion en su hogar. Con fundada razon esperaba ver acrecentarse en breve la demanda de sus obras, y por le resultado económico de ella hallarse en el caso de emprender composiciones de mayor aliento. En estas circunstancias y cuando, anticipándose á la realizacion de tan nobles aspiraciones, dando á vislumbrar el más elevado sitio á que hubiera alcanzado, cuando acariciado por sus legítimas esperanzas tenia abocetados un cuadro de «Perseo» y otro de «Cristóbal Colon ante Isabel la Católica,» la muerte nos le arrebató, abriendo una nueva fosa al lado de tantas otras donde reposan muchos hijos ilustres de Cataluña, que apénas pudieron ver los resplandores de su gloria naciente.

Únanse los artistas de Barcelona ante el aspecto de la desgraciada suerte que les ha cabido á tantos distinguidos compañeros, hallen en la union nuevas fuerzas para llenar el vacío de los que fueron, y preparemos el porvenir miéntras consagramos nuestras lágrimas al pasado.

CONCURSOS

MEMORIA

SOBRE LAS CAUSAS QUE HAN IMPEDIDO EL DESARROLLO Y HAN MOTIVADO LA DECADENCIA DE LA INDUSTRIA DE ESPAÑA, Y MEDIOS QUE DEBERIAN ADOPTARSE PARA FOMENTARLA.

«La industria de un Estado sin agricultura, será siempre precaria. Sin la industria y comercio, la misma agricultura será desmayada y pobre.»

JOVELLANOS.

Obra laureada en el concurso público del año 1869.

(CONTINUACION.)

En resúmen, puede decirse, del conjunto total de la industria y produccion española, lo que de la parte expuesta en París decia el inteligente autor mencionado: «Brotan de ella fuerzas imaginativas como cualesquiera otras; fuerzas productoras mejor que muchas; fuerzas de inteligencia al nivel de cuantas existen en los países que no renuncian, ni pueden renunciar á las ventajas del progreso; pero faltan fuerzas industriales, y esas son las que, todos en comun y cada uno por su parte, deben contribuir á que se enjendren» (a).

(a) España en París.

Proposición de los medios que deben adoptarse para fomentar la industria.—Período primero.

La proposición de los medios que deberían adoptarse para fomentar el desarrollo de la industria en España constituye la parte final del tema señalado, objeto de este escrito.

Conocidas las causas que han impedido el desenvolvimiento y motivado nuestra decadencia industrial, la enunciación de estos medios debe lógicamente concretarse, á exponer los más propios é idóneos para que desaparezcan los efectos y consecuencias que contienen el progreso y aumento de las industrias y producciones.

Insiguiendo el orden establecido, examinemos la influencia que aún ejercen algunas de las causas dominantes en el primer período, y el modo de declinarlo en lo que fatalmente influyan en el desarrollo industrial de la nación.

La emigración. Sus causas, modo de contenerla ó repararla.

Existe todavía la emigración á América y otros puntos, no obstante no contar nuestro país ni la mitad siquiera de habitantes que podría alimentar su extenso territorio y buenas condiciones. Ocupando el décimo séptimo lugar en la escala de densidad de población, en 1866 nuestro censo señala que sólo contamos 31 habitantes por kilómetro cuadrado; con todo vemos desaparecer anualmente aún un número crecido de individuos que conteniendo el aumento de población, limita uno de los principales medios de producir.

Ateniéndonos á los datos consignados por D. Fermin Cballero para apreciar la importancia de la emigración española, resulta que en 1860 salieron de nuestra nación 28,462 personas, en la forma siguiente:

Para diversos estados de Europa	10,753
Para Argelia y otros puntos del Africa.. . . .	520
Para las Antillas y América.	16,281
Para Filipinas y Oceanía.	385
Y para otros países.. . . .	520

Desde 1848 á 1866 pasan de 20,000 los Vascongados que han emigrado á las Repúblicas americanas.

Nos faltan datos relativos á los habitantes de Galicia transportados á la América del Sur, así como de la emigracion de Cataluña, Murcia y otras provincias que no puede dejar de ser importante. No obstante, segun el Sr. Salazar y Mazarredo, de los datos publicados en Buenos Aires, resulta, que el número de españoles desembarcados en el semestre de Enero á junio de 1867, fué triple del que llegó dos años antes; de modo que estando en minoría en 1864 con el número de franceses é italianos, ahora les son superiores. Y segun una carta recientemente publicada del Arzobispo de Argelia, existen en aquella colonia 70,000 españoles, que no les han conducido allí causas políticas, expresando además ir la emigracion tan en aumento, que dentro poco cree llegarán á cien mil.

No será, pues, exajerado conceptuar de 20 á 25,000 personas el número de las que por término medio anual abandonan su patria en España; cerca la mitad de los individuos que en igual período nacen en las cuatro provincias de Cataluña.

Si contaran nuestro suelo y elementos la poblacion proporcionada, entónces se explicaria fácilmente la emigracion, que siendo un normal desahogo del excedente comun de habitantes, no seria, como es, una sangría que debilita las fuerzas productivas del país; pero en el estado actual, con sobras de territorio y elementos sin utilizar, es preciso indagar las causas que la excitan y el modo de atenuar sus efectos.

Estas causas pueden reducirse á dos: el alicinete ilusorio de enriquecerse pronto en América y otras partes: la falta de estímulo y porvenir para el trabajo en la actual situacion en que se le tiene colocado en nuestra nacion.

Cierto que la pérdida de las cosechas en períodos determinados promueve la emigracion hácia el Africa francesa; pero esta causa anormal, es de duracion transitoria, los emigrantes reaparecen al cesar la sequía que la ocasionaba.

El afan innato en el hombre de mejorar de posicion hace que todas las naciones cuenten aventureros osados y espíritus emprendedores que van en busca de la fortuna, do quiera

ofrece esta aliciente y probabilidad de enriquecer á los que se presentan. Pero este número fuera poco importante, si como aquí sucede, no estimulase la corta remuneracion y limitado porvenir del trabajo, la perspectiva ilusoria de una pronta adquisicion de imponderable riqueza, favorecida por el incentivo del ejemplo.

En el juego de la lotería nadie vé más que á los que sacan los premios mayores y no el inmenso número de jugadores que aprontan los fondos para ellos, con más el 25 ó 30 por ciento para el Estado: en la emigracion á América y á otros puntos, tampoco se repara sino en los que retornan con un buen caudal; no en los millares de cadáveres sepultados en las olas, ni en los infelices emigrados enterrados en América y en las Antillas, sepulcros prematuros de los europeos. Por esto habrá siempre jugadores y emigrantes: sólo el espíritu del ahorro disminuye la propension á tomar billetes de la lotería; en fomentar la industria en su propia casa, consiste el secreto, al decir de Campomanes, para detener los emigrantes, y corregir en parte el anhelo de enriquecerse en lejanos y letales países.

Fuera de los empleos y destinos del Estado, el mayor incentivo y el más ansiado modo de vivir en España; es difícil que con el mero trabajo y aplicacion de la inteligencia activa pueda conseguirse una sólida mejora en la fortuna. Una extensa explotacion agrícola, un vasto comercio, una desarrollada industria, permiten esperar á los genios laboriosos una remuneracion lucrativa de sus afanes; pero contrariada aquí la existencia industrial, precaria la situacion de nuestra agricultura, cada dia más limitado el comercio, ha emigracion ha de continuar incesante y desproporcionada; la de ser fatal y funesta, porque deja sin aprovechar los múltiples medios que para retenerla dotó á nuestra nacion la Providencia.

Desenvolver el trabajo industrial en su vastísima esfera y utilizar las condiciones del suelo por la aplicacion agrícola; hé aquí los elementos, para no sólo mantener la poblacion actual, como base de un subsiguiente acrecentamiento, sino

para atraerla, promoviendo la inmigración de otros puntos menos favorecidos de la naturaleza que el nuestro.

En estos días, precisamente, se trata de colonizar parte del interior del reino. Esta colonización en que ahora se ocupan inteligencias bienhechoras, ¿no pudo realizarse años há, cuando la sequía arrojaba de su país familias y pueblos enteros de la provincia de Murcia? ¿No existen largas y feraces zonas improductivas, en que la ganadería hallara medios de extenderse y mejorarse, el cultivo de perfeccionarse, producciones la industria que elaborar?

La colonización agrícola de los vastos territorios infructíferos que contamos, es una necesidad que debiera haberse atendido para aumentar la escasa población de la Península, y acrecentar, con las producciones de la Agricultura, los medios de establecer las industrias de que carecemos, y adelantar las estacionadas, sin progreso visible y perfeccionamiento.

La inmigración de razas robustas é inteligentes puede regenerar las demacradas generaciones, cuya falta de energía, de desarrollo y robustez, cuya disminución progresiva de talla han puesto patentes las innumerables excepciones presentadas por la mayoría de los mozos llamados anualmente al servicio militar, y la baja de estatura á que ha debido acudir para obtener el cupo suficiente de individuos útiles para el ejército.

Estos múltiples y beneficiosos efectos que la nación ha de reportar del establecimiento de las colonias agrícolas, deben ser apoyados por la protección del Estado, ya que los gastos con que contribuya al planteamiento de la colonización son reproductivos bajo cuatro conceptos; por promover un aumento del número de habitantes que paralice las consecuencias perjudiciales de la emigración española; por regenerar las condiciones físicas de nuestra población; por acrecentar la materia imponible y productiva, á virtud del mayor valor de los terrenos y propiedades cultivables, y por aumentar la cantidad de primeras materias propias que requieren las industrias para sus varias producciones.

Extranjeros ó conciudadanos los colonos de los nuevos es-

tablecimientos, ó retendrán la emigracion, ó promoviendo el arribo de inmigrantes reemplazarán el vacío de la emigracion indígena, siendo factible se obtengan tambien á la vez los dos resultados presumibles. Fomentando al propio tiempo la accion industrial, hallarán medio de emplear su actividad, así aquellos cuyo ánimo es idóneo para la pasividad de las faenas agrícolas, como aquellos que prefieren el rápido y enérgico movimiento de las industrias.

En resúmen, para contener la emigracion á América ó disminuir sus efectos, hay que aumentar los medios de produccion, tanto industriales como agrícolas: de este aumento dimanará una mayor retribucion del trabajo y su porvenir más halagueño para la decision y la energía de los caracteres laboriosos.

Política exterior de España.—La más conveniente á nuestra prosperidad.

Si la política exterior de España por causa del advenimiento de dinastías extranjeras, con intereses distintos de los peculiares de la nacion, irrogó á la industria, en la época anterior, tan graves daños, por causa de dos siglos de constantes guerras, esto mismo enseña que esta política debe tender á una paz inalterable con todos los Estados, salvada la honra y dignidad de la patria; alejados como estamos por nuestra situacion geográfica y perdida importancia, de intervenir en la resolucion de las grandes cuestiones de intereses y equilibrios que á intervalos inundan en sangre la Europa central.

Es ella la única política que nos conviene, la ménos costosa y expuesta. Cesó felizmente aquella tremenda série de luchas por cuestiones ajenas, por territorios y pueblos heterogéneos, separados del corazón de la patria, que sólo el acaso reunió á la monarquía, sin medios de asimilacion. Se acabaron aquellos tratados y alianzas de familia que tan mal parados nos dejaron, agotando nuestra produccion, comercio, riqueza y

habitantes. La persistencia en la política de neutralidad; el alejamiento requerido por la especialidad de nuestra situación de las complicaciones europeas, evitando á la par, el inmiscuirnos en toda cuestión que no afecte grandemente nuestros intereses y dignidad y el precaver la posibilidad de renovarse las demasiado íntimas relaciones de parentesco entre nuestros gobernantes y los de otras naciones; son de necesidad, así para no retornar al tristísimo estado á que nos condujo la política opuesta y las relaciones explicadas, como para desarrollar á nuestro turno las condiciones de vitalidad y prosperidad encerradas en nuestro suelo y al alcance de nuestra población.

El mismo Gibraltar, ese peñon que sonroja al carácter altivo de los españoles, tremolando en su cumbre un pabellon extranjero, puede ser recobrado: ó por trueque con algunos de los presidios de Africa, ó á cambio, en períodos difíciles, de la citada neutralidad.

De las dos especiales causas, pues, que más directamente influyeron en la época anterior en la decadencia industrial de España, sólo subsisten sus efectos relativamente á la primera y en la especialidad de la emigracion, con medios segun se ha visto para disminuirlos ó compensarlos. Por lo que respecta á la última, la insignificancia de nuestro poderío nos pone á cubierto, punto con la oposicion apartada que ocupamos, de involucrar nuestra existencia en asuntos que no afecten nuestra honra, dignidad, intereses é independencia. Evitando las relaciones de familia entre los que dirijan el Gobierno y los monarcas de otros países, tendremos la garantía más segura de dirigirse la política exterior nacional por el rumbo exclusivo y favorable al progreso, tranquilidad y beneficio de la patria.

Por lo que hace á las demás causas coeficientes apuntadas; sin razas enemigas que vigilar ó expulsar; limitada ó anulada la creacion de institutos monásticos, debiendo armonizarse los intereses sociales con el uso prudente de la libertad perso-

nal; extinguiéndose por grados la preocupación que consideraba deshonorosos los oficios y artes mecánicas á medida que se comprenden su necesidad y utilidad; desaparecidos los gremios y hermandades que estancaban el progreso, imposibilitando los beneficios de la libertad de industria; sólo hay que temer se recaiga en los errores y consecuencias de los antiguos tratados mercantiles, y afecten los impuestos y tributos el aumento y adelanto de la industria y producción. A estas dos causas únicamente, debemos por lo mismo, concretar nuestras observaciones, ya que han desaparecido, ó sido enmendadas y corregidas las demás que abarcamos en nuestra clasificación y en el anterior período.

Los tratados mercantiles.

Finés y objeto de ellos favorables á nuestro progreso, evitando los errores antiguos y sus consecuencias.

Es innegable que España ha recobrado su libertad de acción, coartada durante tanto tiempo por los antiguos tratados mercantiles; lo prueba el hecho de que todos los países más directamente relacionados con nuestro comercio, tratan de concertar, y algunos han concertado, otros nuevos.

Concretar pues el objeto y fin de los tratados futuros, es exponer un medio para adelantar nuestros intereses y no recaer en los errores pasados, á cuya reproducción se tiende ó por ignorancia ó por fatalidad.

La lección histórica encerrada en el relato de los contratos internacionales de comercio celebrados por España, no puede pasar desapercibida para una generación que estudie y medite.

Despréndese de ella que el punto objetivo de todo tratado, especialmente de los mercantiles, es y debe ser: el desarrollo de los elementos productivos propios en toda su esfera y variedad, sin olvidar, que nunca para la prosperidad de los Estados han de sacrificarse los intereses económicos á los políti-

cos, sino en general, al contrario; que la libertad de acción para poder modificar, cambiar y reformar los impuestos de Aduanas no debe abdicarse, ni comprometerla sino en casos muy raros y en ocasiones solemnemente premeditadas.

En la época moderna, bajo la civilización progresiva y humanitaria que alcanzamos, los pueblos no viven de la guerra, ni se enriquecen con el saqueo y la conquista. El comercio, los frutos, las manufacturas y las artes forman las condiciones de existencia de los países cultos. Extender los unos, perfeccionar las otras, aumentarlos todos, tal es la tendencia de la política ilustrada y previsora de todos los Gobiernos.

Nuestra situación en Europa y la posesión de importantes y ricas colonias favorecen el sostenimiento de un comercio, tanto más extenso y de valor, cuanto mayor sea la inteligencia que se despliegue en desarrollarlo por medio de la elaboración acrecentada de productos.

Las balanzas de comercio acusan déficit anual de exportación; las crisis metálicas que menudean lo confirman. Conviene aumentar la cantidad de valores producidos, según dijimos, para obtener una exportación mayor, á fin de saldar la diferencia, surtir el consumo colonial y no quedar reducidos á ser unos meros intermediarios, productores de primeras materias y de frutos espontáneos del suelo.

La agricultura es nuestro primer elemento, la industria y el comercio su complemento. Aunado á una valiosa agricultura el auxilio de las artes é industrias, favoreciendo entrambas al comercio; aprovechando las condiciones topográficas y climatológicas, así como la densidad de población, tan ansiada en general por todas las naciones, por ser signo evidente de felicidad; puede España abundar en trabajo y riqueza y ver establecida con la actividad comun la prosperidad general en todos los pueblos y provincias.

Las relaciones entre los Estados impulsan el desenvolvimiento también de esta actividad y producción. No todo podemos hacerlo ni elaborarlo. Sea objeto de cambio lo que no es posible ni conveniente hacer, dando en reciprocidad artículos que nos sobren y produzcamos.

Extender esas relaciones favorables al comercio y producción, es un bien que debe proponerse todo verdadero hombre de Estado; pero así como en la época en que dominaba el sistema prohibitivo, era necesario entrar en tratados mercantiles sobre objetos determinados; esta necesidad ha desaparecido desde que, abandonadas aquellas exageraciones, han quedado los extranjeros igualados con los españoles, relativamente al pago de todos los derechos que pesan sobre el comercio y la navegación exceptuando el recargo por diferencia de bandera sobre los géneros transportados.

Por Real decreto de 1852 quedaron equiparados los buques extranjeros á los españoles para el pago de los derechos de fano, toneladas, pilotaje, remolque, puerto y sanidad, siempre que en su país respectivo se haga lo propio con los españoles. Esta concesion universal, ahora pues por nuestra parte la necesidad de entrar nuevamente en convenios que tengan por base la permission de introducir ú exportar señalados artículos, mediante el pago convenido de un especificado impuesto por la nacion sola favorecida. Además, la modificacion interior de la tarifa arancelaria facilita la importacion del objeto que se desea, y no resignando la libertad, si es la reforma favorable, permanece; si perjudicial, breve y perentoriamente se corrige.

Si no quedara otro medio para alcanzar un seguro y ventajoso cambio que el tratado internacional, acúdase á él, pero consignando el recíproco derecho de poder cada una de las partes alterar el impuesto ó la forma de concesion mediante el aviso anticipado que salve las expediciones en camino y las contratas próximas realizadas. Porque sujetos á error de cálculo y de apreciacion los resultados que pueden obtenerse con estos tratados, la fijacion de un largo é inmutable período equivale, ó á suponerse la infalibilidad del acierto, ó á renunciar á la adopcion de un pronto remedio que evite los quebrantos que inadvertidamente se acarrearón.

La circunstancia de reservarse la revision ó á voluntad, ó dentro un término menor en nada altera los fines principales de estos convenios. La utilidad será siempre prorogada y con-

sentida; sólo será corregido el daño y enmendado el error; pues no puede suponerse que la idea de ninguna de las naciones que contratan sea la de beneficiar la una con los quebrantos de la otra, ni que tampoco sea la sorpresa la índole de estas convenciones que afectan tan altos y tan caros intereses.

En suma, la libertad de acción que cada país trata hoy de reservarse, con cortas excepciones, para dirigir por medio de su legislación interior el movimiento económico nacional, es el principio capital que debe reglamentar nuestras relaciones comerciales con los demás Estados. Por regla general también pueden convenirse tratados especiales que extiendan las facilidades comerciales, con tal que no atenten á la libre disposición de alterar y reformar los impuestos arancelarios; sólo por rara excepción han de celebrarse convenios que fijen y determinen artículos de cambio y tipo del derecho de aduanas, con la reserva siempre y en todo caso de la facultad de revisión ó á voluntad, ó dentro en corto y equitativo plazo señalado. La prudencia, la experiencia, el estudio y un conocimiento exacto y extenso de los elementos económicos del país, son los requisitos que deben acompañar la resolución detenida de esos problemas temibles, que entrañan, así el aumento, de la prosperidad, como la decadencia y ruina de las naciones.

Ejemplo que suministran los resultados para la Francia del tratado con Inglaterra de 1860.

Como hoy domina en España, en las esferas gubernamentales, una corriente contraria á los principios consignados en los párrafos antecedentes y en todas las páginas de este escrito, no será supérfluo exponer á la consideración ilustrada de sus lectores, los resultados sobrevenidos á la Francia á consecuencia del tratado de 1860 convnido con la Gran Bretaña; pusto que encierran una lección y un ejemplo, tanto por lo que respecta al planteamiento de las derivaciones del sistema del libre cambio, como por lo que se refiere á salirse

de los límites estrictos y del objeto principal á que deben atenderse los tratados mercantiles.

El tratado de comercio celebrado entre el Emperador de los franceses y el Gobierno de Inglaterra, bajo el principio librecambista de los derechos módicos, fué un triunfo que á voz en grito proclamaron todos los apóstoles y partidarios de aquella escuela.

Esta rebaja de derechos, dando lugar á la lucha entre las producciones similares de ambos países, iba, al decir de los librecambistas, á consolidar la paz universal, á promover la mútua felicidad, á borrar odios y prevenciones seculares; y sobre todo, á dar un impulso asombroso á la industria francesa, que aguijoneada por el estímulo de la concurrencia, no debía ni podía quedar rutinaria ni estacionada. No hay que decir lo que esperaba á la Agricultura, por sus vinos, y al comercio por el grandioso mercado en que iba á intervenir, esto despues de las ventajas del consumidor. El convenio mercantil, en fin, iba á resarcir en breve tiempo á la Francia de todos los daños experimentados en sus largas y sangrientas guerras con Inglaterra, la cual, con admiracion de todos los mundos, era la que proporcionaba tan inaudita ventura á su inveterada enemiga.

Si con rápida y general ojeada se atienden las producciones especiales de cada uno de los dos países respectivos, los elementos de que á la par disponian, y el empeño por parte del monarca francés de salir airoso en la lucha azarosa á que, por su iniciativa personal, entregara el porvenir á la prosperidad conseguida ya por la industria y comercio; facilitando veloces y económicos medios de comunicacion; creando todo género de caminos y canales para obtener la mayor baratura posible en los transportes; suministrando auxilios á los industriales, parecia existian algunas probabilidades de que se equilibrasen, con los mútuos cambios y concesiones, las ventajas y los quebrantos recíprocos de la lucha.

Francia era al parecer la única nacion que más cumplidamente podia medir sus fuerzas industriales con la poderosa y fabril Albión. Gracias á una proteccion continuada y eficaz

por parte del Estado, que favoreció su incremento productivo, su superior buen gusto, el dominio exclusivo de la moda, sus sederías magníficas, sus artículos de París y renombrados vinos de inmenso consumo; sus fundiciones abundantes, con conocimiento y práctica de los adelantos en mecánica; su red de ferro-carriles, de canales y vías de comunicación y transporte; su extenso comercio, animando una progresiva exportación en buques propios; su excelente industria, en diaria perfección y crecimiento; sus astilleros, varaderos y talleres de construcción de buques de hierro; con capitales abundantes á medio interés, población numerosa y entendida, centros de instrucción industrial y artística, agricultura floreciente navegación por vapor alentada con fuertes primas y subvenciones; con una situación geográfica del todo favorable y el carácter movable y adaptable á toda producción del génio francés; eran cualidades, elementos y condiciones que la hacian la más apta para proclamar, con la seguridad de la superioridad en varios artículos, la aceptación de la concurrencia universal.

Suponiendo exacta la teoría, ya examinada, de que la protección sólo debe servir de andaderas   las industrias infantiles, hasta llegar á esa época de virilidad forzosa, en que la competencia refuerza el vigor y el empuje; la Francia habia llegado ya á este término previsto, debia combatir y competir, luchar sin miedo y sin gran protección, con su constante enemiga en la arena industrial.

Difícil es, no obstante, acertar con la explicación del móvil verdadero que decidió   abrir los mercados franceses   la industria inglesa, sin el consentimiento   intervención de los cuerpos legislativos, representantes del país.

Esto sólo indica que no fueron ni pudieron ser meras consideraciones económicas, la certeza evidente del triunfo, lo que indujo   Napoleon III   negociar y convenir de por sí, el tratado de 1860.

Las tradiciones y desastres ocasionados por los tratados de comercio precedentes, la prosperidad alcanzada por la Francia bajo el régimen protector, las doctrinas económicas pro-

fundas por el fundador de la dinastía napoleónica, continuadas por su actual representante en sus anteriores escritos, la circunscripción exigida por el inteligente Say en todo cambio por la legislación del modo de ser productivo; todo inducía á esperar, que, Napoleón III rechazaría el tratado, iniciado bajo la inspiración de Cobden, cuyas ideas nacionalizara Chevalier, que lo promovió.

Algo hemos indicado ya relativamente al famoso tratado celebrado entre Francia é Inglaterra, en 1786, bajo la base de abolir prohibiciones y derechos elevados entre ambos países. Podemos completar las noticias con nuevos datos. Exceptuadas las sederías francesas, que Sitt no quiso admitir, quedaban los vinos, el caballo de batalla entónces como ahora de la Francia. Convínose que los procedentes de esta nación nunca pagarían á su introducción en Inglaterra, derechos más elevados que los que *en aquella época* pagaban los de Portugal. Esta ventaja, única que la Francia obtenía, no tardó en perderla. El gobierno inglés bajó los derechos á los vinos portugueses, y sin faltar á la letra del tratado, destruyó el sólo artículo favorable á los franceses (a).

A este convenio se refería el primer Napoleón, cuando al proponerle Cambaceres para consolidar la paz de 1802 un nuevo tratado de comercio con la Gran Bretaña, para borrar todo motivo de disensión entre ambos pueblos, exclamó: «La paz política está hecha, tanto mejor; en cuanto á la paz comercial, la haremos si podemos; pero yo no quiero á ningun precio sacrificar la industria francesa; me acuerdo muy bien de las desgracias de 1786 (b).»

Sabido es, por quedar expuesto, que esta paz comercial no realizándose por no aceptar la Francia los géneros de algodón ingleses, sino mediante la concesión resistida de recibir Inglaterra las sederías francesas, renació nuevamente la guerra.

Estaba el sistema proteccionista tan arraigado en Francia; tan costosos habian sido los ensayos del libre cambio en In-

(a) Güell, folleto de 1856.

(b) Ibid.

glaterra; tanto despues de haber cesado Colbert en el ministerio como cuando el tratado de 1786; que en la Restauracion, ni Luis Felipe, excepto la rebaja de derechos dispuesta en 1841 que hubo de corregirse en 1842, al ver la ruina de las fábricas francesas; ni la República de 1848, no obstante ser el ministro Leon Fancher partidario del libre comercio, se atrevieron, en vista de las ventajas que á la nacion y su prosperidad reportaba la proteccion, á alterarla en lo más mínimo en beneficio de la industria francesa.

Además de los progresos que á su sombra realizaban, las industrias manufacturera y fabril, la agricultura, el comercio y la navegacion, vistos se habian palpablemente tambien sus efectos, cuando la aplicacion del hierro á las vías y medios de transporte. Al emprenderse hace algunos años en Francia la simultánea construccion de tantos ferro-carriles, se ereyó en Bélgica y en Inglaterra que la industria metalúrgica francesa no podria proporcionar todos los rails y demás obras manufacturadas necesarias, y que otro tanto sucederia á sus talleres mecánicos con respecto á las locomotivas. Sin embargo, todo se proporcionó y construyó en el país, desarrollándose la elaboracion del hierro de un modo realmente prodigioso.

Sus primas de exportacion, el construirse los buques y máquinas dentro del país, estimulando el Gobierno con contínuos encargos la actividad y el capital privado, llegó la Francia á poseer una marina casi igual, por la transformacion en nuestra época de los buques de combate, á la marina de guerra inglesa.

No dejaban los principios proteccionistas de ser abiertamente profesados por el mismo actual Emperador Napoleon III, en los años anteriores á su advenimiento á la Presidencia y al imperio, y durante los años de su reinado que precedieron á la realizacion del tratado con Inglaterra.

En efecto. En las obras que publicó en el ostracismo, se lee: «El primer interés de un país, no consiste en la baratura de las manufacturas, sino en la alimentacion del trabajo. Crear la mayor actividad posible, emplear todos los brazos ociosos, este es el primer deber de un Gobierno. Proteger al consumi-

dor á costa del trabajo interior, es en general la clase acomodada en detrimento de la clase necesitada; porque la producción es la vida del pobre, el pan del obrero, la riqueza del país. El interés del consumidor obliga al fabricante á ser opresor, puesto que la baratura se obtiene á costa de la miseria del obrero. Si en Francia los partidarios de la libertad de comercio se atreviesen á poner en práctica sus funestas teorías, perdería en riqueza un valor al ménos, de dos mil millones, dos millones de obreros quedarían sin trabajo, y nuestro comercio se vería privado del beneficio que le reporta la importación de primeras materias para el alimento de nuestras fábricas (a).»

¿Pueden sentarse doctrinas más esencialmente proteccionistas? ¿es posible demostrar un conocimiento más perfecto del sistema que más convenia á la Francia, y una prevision más acertada de los perjuicios que en otro caso se le ocasionarian y que realmente se le han ocasionado?

Cuando el imperio hubo salido de la crisis universal que afligió la Europa, mejor librado que otras muchas naciones, dijo el Emperador en su discurso á las Cámaras (b), en 1859: El comercio ha experimentado últimamente contrariedades y paralización; pero su actitud resuelta en medio de esta crisis, por decirlo así general, hace, en concepto de todos, honor á la Francia y justifica los principios económicos aconsejados por el Gobierno, relativamente al Comercio, á la Hacienda y al Crédito.»

Aun en 5 de Enero de 1860, el Emperador, dice Mr. Payer Quertier, exponía con mano segura en una carta memorable, los principios económicos que debían prevalecer en una gran nación, y que si se hubieran aplicado hubiesen hecho de la Francia un país próspero. Decía en dicha carta Napoleon III: «antes de crear nuevas relaciones comerciales internacionales, Antes de ajustar tratados de comercio, debemos perfeccionar nuestra agricultura, dar el país medios de transporte baratos,

(a) Güell, folleto de 1867, Thiers, discurso del 13 Mayo 1868.

(b) Güell, folleto de 1867.

facilitar la competencia entre los ferro-carriles y los canales, aliviar las cargas de los contribuyentes y hacer desaparecer las prohibiciones.»

«Esta carta imperial se publicaba el 15 de enero y el 20 se sabía con sorpresa, que se habían realizado todas reformas económicas que debían ser el remate de este programa, que se había ajustado el tratado de comercio (a).»

¿Qué móvil pudo tan rápidamente impulsar al Emperador á desentenderse del pasado, á abandonar sus ideas y principios proteccionistas y á entrar en esa nueva faz, cuyos escollos y peligros tenía previstos? ¿Fueron los intereses políticos ó los económicos los que influyeron ese cambio tan repentino, adoptando aquella política fatal seguida por España que la dejó postrada, de sobreponer los primeros á los últimos? ¿Fue la elocuencia de Ricardo Cobden que en breves horas realizó tan inesperada conversión? ¿Creyó acaso, que convenia á la tranquilidad de la Francia ó á la seguridad de su dinastía, unirse íntimamente con Inglaterra, satisfacer sus aspiraciones comerciales y quedar árbitro absoluto de los destinos de Europa?

La Francia seguía una situación próspera, su progreso llegaba á la supremacía en determinados artículos, su comercio era vasto, su riqueza aumentada de continuo. La prudencia aconsejaba no comprometer en inseguros azares la obra de tantos afanes y de tantos años. Debieran ser, y en nuestra opinion no pudieron dejar de ser, más que móviles políticos, los que influyeron en el cambio de principios adoptado por el Emperador.

Así en parte se desprende de las explicaciones del ministro de Estado, el elocuente Mr. Roucher: «El Emperador, dijo contestando á Mr. Quertier, comprendió que era preciso ahogar los odios de lo pasado, bajo los intereses recíprocos del comercio y la industria en ambas naciones. Las relaciones en Inglaterra son un elemento poderoso para la paz del mundo.»

Ante la perspectiva de los planes políticos ocultos tras las

(a) Discurso del 15 Mayo 1868.

concesiones económicas, exclamó Mr. Thiers: «Si quereis la paz, todo lo que hareis convendrá á los ingleses; pero si hi-ciéseis la guerra, si tuvieseis ciertos proyectos más ó ménos acordados, ¡oh! entónces podríais, enhorabuena, sacrificarles hasta la última de vuestras industrias, no os lo perdonarían (a).»

Dos ideas constituyen el fondo de la política imperial francesa; la destruccion de los tratados de 1815 y el engrandecimiento de la Francia. La alianza occidental entre Inglaterra y Francia que favoreció la existencia de la Turquía y ocasionó la guerra de Crimea, paralizando la marcha de la Rusia en Oriente, es el golpe de habilidad que más ha enaltecido la sabiduría del Imperio. Con ella quedaron aquellos tratados virtualmente rotos; se modificó la organizacion de los Estados de Europa hóstil á la Francia, se aislaron Rusia y Austria, hizose imposible otra Santa Alianza y se preparó la desmembracion del imperio austriaco por medio del engrandecimiento de la Italia, que intervino en el conflicto oriental.

La alianza con Inglaterra fué, pues, el grande auxiliar de Napoleon para cortar el nudo de las condiciones, pero hecha con un objeto determinado, conseguido éste, debia cesar, sino se continuaba sobre fundamentos más permanentes. Era del caso atraerse perennemente la enemiga del primer imperio, que socavó sus glorias en Trafalgar y le dejó aniquilado en Waterlloo, despues de haber conducido, con sus inagotables subsidios, todos los ejércitos de la Europa dentro los muros de París.

El Emperador sabia que los fines de la política británica consisten en procurar nuevos mercados y transportes á su colossal industria é inmensa navegacion. Y sabia además, que nada asegura tanto las alianzas como la fusion de los intereses comerciales, que realizando beneficios impelen las aspiraciones generales hácia la continuacion de la paz. Napoleon III, aprovechando las instancias, seguridades y permanencia de Ricardo Cobden en París, negociador del tratado por Ingla-

(a) Sesion del Cuerpo legislativo, 13 mayo 1868.

terra, consintió en el cambio de sistema económico que abría los mercados franceses á la industria y marina inglesa; pero que, por compensacion, le aseguraba la neutralidad británica y le constituía en árbitro de Europa y en libertad mayor de realizar sus proyectos de grandeza.

No tardaron estos en manifestarse. Al mes siguiente de la firma del tratado, en Febrero de 1860, Napoleon notificaba á la Italia que condescendía á reconocer las anexiones, pero que en cambio exigía, desmintiendo su desinterés y generosidad, el traspaso á la Francia del Condado de Niza y la Saboya.

Entónces se hicieron visibles las consecuencias del tratado con Inglaterra. Sí, Lord Russell afirmaba, indignado contra el proceder del Emperador: «Se acabó la cordial armonía entre Francia y la Gran Bretaña,» M. Bright, el amigo de Cobden, contestaba: Perezca la Saboya, ántes que sea causa de enemistad entre Inglaterra y Francia.»

Niza y la Saboya fueron anexionados á la Francia, la hostilidad del gabinete británico decayó, envuelta en meras reservas diplomáticas. Más tarde, con la aquiescencia de la Francia y neutralidad de Inglaterra, se consumó el desmembramiento del Austria, sin dar lugar á las compensaciones ofrecidas y aceptadas por el Emperador, dirigidas á la nacionalizacion del Rhin. Como las consecuencias de la actual situacion enérgica no han llegado á su último límite, como lo prueban los armamentos exagerados que arruinan los pueblos, la necesidad de la alianza inglesa ó su neutralidad, harán que aun se prorogue el tratado, sean cuales fueren sus efectos sobre la industria francesa.

Considerando ahora dicho tratado en sus relaciones y derivaciones económicas, es imposible negar y desconocer que ha sido funesto á la industria y navegacion francesas, que precisamente ha producido los males y quebrantos previstos y anunciados por Napoleon y Thiers.

Pocos años han bastado para comprender cuán engañosas fueron las ilusiones concebidas, si se concibieron; cuán grande es la superioridad ó baratura adquirida por los ingleses sobre

los elementos que acompañan la producción manufacturera y fabril francesa en los artículos de mayor consumo. No se han conseguido las ventajas presumidas, ni la producción en su conjunto ha tenido el aumento esperado, ni han subido los jornales: al contrario, combatida esta producción por la de Inglaterra, la producción ha disminuido; la navegación ha descendido, los jornales han bajado, y en vez de aumentarse el número de fábricas en la progresión anterior, han debido cerrarse varias; los centros industriales han sufrido enormes perjuicios; muchos dueños de establecimientos y talleres de manufacturas han quedado arruinados.

La Francia se obligó por dicho convenio recibir de Inglaterra mediante ciertos derechos, equivalentes al decir del ministro al 10 20 y 30 % toda clase de hierros, hilos y tejidos de lana, seda, lino, algodón, pieles y sus manufacturas, carbon, coke, vidrios, porcelana, loza y todos los artículos que Inglaterra fabrica. Esta, por su parte, propuso la supresión de toda especie de derechos sobre ciertos productos franceses, como la seda y las telas, y admitir con impuestos moderados los vinos y alcoholes, suspirado objeto, ateniéndonos á las obras de Bastiat, de los libre-cambistas franceses.

Al admitir los ingleses á la Francia al libre-cambio, no por ello, segun Mr. Quertier, se estipulaba ninguna reduccion en los derechos, si se exceptúan los vinos; aserto confirmado por Mr. Gladstone, ministro de Hacienda inglés, que decia en las Cámaras: «Nada hemos dado por este tratado á la Francia, si se exceptúan algunos pequeños sacrificios *fiscales* sobre alcoholes.

Pero si la Inglaterra con pequeños sacrificios conseguia grandes ventajas; no así Francia veia compensados ni niveladas sus pérdidas.

Desde un principio quedaron perjudicadas la agricultura, la marina mercante y la metalurgia. Rouen, Mulhouse, Sainte Marie-aux Mines, Amiens, Les Vosges, Lille, Tourcoing, Roubaix y Burdeos, los principales centros manufactureros de Francia, resintiéronse penosamente de los efectos del tratado, lo que se puso de manifiesto, apenas cesaron las c-on

secuencias de la perturbacion mercantil causada por la guerra de Norte América.

No es que no se hicieran toda clase de esfuerzos, que no se tratase por los industriales y el Gobierno francés, por cuantos medios estaban á su alcance de prevenir y resistir la competencia inglesa que se les suscitaba. Roubaix invirtió 80 millones en maquinaria, otras poblaciones hicieron relativos preparativos, el Estado votó un crédito de 40 millones para préstamos á los industriales.

Todo fué en vano, la concurrencia inglesa arrolló los productos franceses, absorbió gran parte del consumo y transporte de Francia. No obstante la superioridad reconocida en las exposiciones, la importacion inglesa avanzada.

Por de pronto al ponerse en ejecucion el tratado, el 1.º de Octubre de 1861 entraron ya por las aduanas francesas géneros de Inglaterra por 5 millones de francos. La progresion en manufacturas de algodón importadas inglesas es, segun Mr. Forcade La Roquette, de 9 millones en 1861, 10 en 1865, 21 en 1866. La importacion de hilos de algodón sobrepuja en más de 10 millones las exportaciones. En resúmen mientras la exportacion de Francia á Inglaterra en el quinquenio de 1859 á 1864 revela, segun las estadísticas de la primera, un aumento de 48 p.º/º en el comercio general y de 50 en el especial, las de Inglaterra arrojan, en igual período aumento total de 148 % por sus envios al Imperio (a).

El comercio de transporte ha pasado en gran parte al poder de los ingleses. «Ya no vamos á la India, exclama Mr. Thiers, los transportes han tripliado en beneficio de Inglaterra, los nuestros quedan estacionados.» En 1858, afirma Mr. Pouyer Quertier. el efectivo de la marina era de 584,000 toneladas, ha venido á menos de 500,000. Hay si buques subvencionados por 60,000 toneladas, pero cuentan 24 millones al año, 5 más de los que paga Inglaterra.» En el movimiento de navegacion, dice el ministro Mr. Forcade, ha habido un aumento de 1859 á 1866, de 721 mil toneladas, pero la concur-

(a) Güell, Resultados del tratado de 1860 en Inglaterra y Francia.

rencia extranjera figura por 500,000. Reconozco que los buques extranjeros absorven una parte más considerable que los franceses.» El Almirantazgo inglés confirma, en una de sus Memorias, el aumento del tráfico en buques ingleses, esperando que en breve, por efecto de la nueva ley, todos los puertos franceses serán servidos por la marina de Inglaterra.

Las causas de estos quebrantos son varias, derivados todos del convenio de 1860. Estudiadas y expuestas con lucidez, basta solo copiar las razones y datos aducidos, para adquirir el conocimiento de cuanto aquel tratado ha perturbado el desenvolvimiento normal y progresivo de la producción francesa.

En la exposición al Ministro de Comercio, formulada por la Cámara consultiva de artes y manufacturas de Roubaix, se lee: «Antes de 1860 la industria de esta ciudad había empezado ya á transformarse y contaba algunos grandes establecimientos que nada dejaban que desear en punto á útiles y maquinaria. El tratado de comercio exigía que fuese más general esta transformación; había en ello una cuestión de vida ó muerte para el porvenir de nuestros centros manufactureros; era preciso esforzarse á producir barato para sostener el choque la concurrencia extranjera. Nuestros industriales no se hicieron de rogar, debemos hacerles esta justicia; desde luego se vió levantarse como por encanto numerosos establecimientos, de hilos, tejidos estampados, etc., dispuestos para entrar en una lucha que había llegado á ser inevitable.» — «Al terminar la guerra de los Estados-Unidos, llevando consigo la baja del algodón y el que cada clase de industria volviese á racobrar su asiento, Roubaix, que se había aprovechado del alza de las lanas que 30 años há era el elemento principal de su fabricación, vió llegar pronto la plétora de producción y tuvo que pensar en reducir su trabajo.» — Esta situación se agravó por la generalización de un hecho muy crítico que alcanzó también á Bredfort, cuyos productos son semejantes á los nuestros. Se vió llegar á nuestros mercados una enorme cantidad de tejidos ingleses que se vendían á vil precio. Es sabido ya cuál es el sistema de nuestros vecinos: vender á

toda costa cuando hay plétora de productos; y de esta suerte hemos pasado á ser solidarios de las crisis comerciales de Inglaterra.

Esto que la exposicion menciona, habia sido ya previsto por la penetracion característica que distingue á Mr. Thiers. En su discurso de 1851, combatiendo la proposicion de Mr. Saint-Beuve acerca el planteamiento del libre-cambio, sentó la doctrina de que la Inglaterra en momentos de plétora industrial haria con Francia, lo que esta hizo con la Suiza en 1848, descargándose de sus productos á un 50 p.º de pérdida.

Las consideraciones expuestas con motivo de este discurso por nuestro distinguido economista Sr. Güell, en 1852, demuestran que la Gran Bretaña en circunstancias anormales puede exportar cantidades inmensas de manufacturas á bajo precio y con pérdida escasa, por compensarla al consumo propio, cuya seguridad y lucro disminuian los quebrantos en las exportadas. «Si bien Inglaterra, dice, ha perdido con sus operaciones parciales con Francia, se ha indemnizado con las utilidades de su mercado ordinario; pero la fabricacion francesa que casi no cuenta otro que el de la misma Francia, privada de él por la operacion al parecer ruinosa de los ingleses, tuvo que retener sus productos del primer año, que en el segundo valian 20 p.º ménos por la baja de la primera materia, perdiendo además un 5 p.º ó más que el interés de vengarlo y el desmérito de la moda, etc. La invasion del segundo año del género inglés obligaria á pesar del derecho protector de 25 º, á los fabricantes franceses, á cerrar sus fábricas (a).»

Los hechos han confirmado las suposiciones en gran parte. En 1866 Roubaix produjo 199 millones de francos; en 1867 disminuyó segun cálculo de la Junta de comercio, una tercera parte, quedando en 127. La baja del trabajo en 1866 fué de un 35 º, se han de deducir 44 millones, el producto en 1867 no pasa de 83 millones (b).

(a) Consideraciones sobre algunos puntos económicos, 1852.

(b) Discurso de Mr. Pouyer Quertier.

Aparte esta causa anormal que hace ineficaz la protección de un 10, 10 y 25 p.º/º, Mr. Thiers y Mr. Pouyer Querrier señalan las razones de inferioridad que hacen dañosa á la Francia la concurrencia extranjera.

Nuestra industria, dice el primero, es solo superior en los productos superiores; en los productos medios, sino los hacemos más inferiores, los hacemos más caros. Fabricamos menos y por esto no podemos vender tan barato; consiste la superioridad de los ingleses en tener también más mercados que nosotros.»

En cuanto, pues, á los productos de mayor consumo, Inglaterra por producir y vender más y Suiza por la corta retribución de la mano de obra, combaten con felicidad por medio de la mayor baratura las industrias similares de Francia.

El segundo hace observar, con razón, que el servicio militar en este último país, pesa de una manera insoportable sobre el progreso industrial: «Los hombres que se lleva de nuestros talleres, dice, y de nuestras granjas, son los más robustos, los más hábiles y nos los quitan por cinco, seis, siete y nueve años. En Inglaterra, donde el ejército tiene 125,000 voluntarios, la población obrera no se vé disminuida de este modo.»

Otras varias razones continuadas en la exposición ántes mencionada, explican, asimismo, la causa de la superioridad manufacturera de los ingleses.

«La organización industrial de Inglaterra, se dice en ella, le permite hacer sacrificios que no podríamos nosotros soportar. Los grandes establecimientos fabriles y manufactureros de aquel país cuentan una larga serie de años: su experiencia está formada; se han hecho en él considerables fortunas, los capitales son cuantiosos y á buen precio, porque la propiedad territorial no se vende; estos capitales no se refluyen naturalmente al comercio y á la industria. Se debe añadir á ello el que teniendo los ingleses inmensas posesiones, proveen las necesidades de 200 millones de consumidores. En Inglaterra el valor de los establecimientos fabriles y manufactureros es menos caro que en nuestro país. En prueba de esto, vemos que nos sale más á cuenta comprar en ella las máquinas,

á pesar de los gasto que lleva consigo estaeleccion. El combustible está en ella más barato, este elemento precisamente que tiene tanta importancia en la industria. Sus obreros han adquirido más aptitud que los nuestros en los trabajos en que se emplea la mecánica y producen más en diez horas de trabajo que los nuestros en doce. El tejedor trabaja á la vez en dos faenas: esta medida ha provocado en Roubaix, en el mes de marzo último, graves amenazas, seguidas de los más grandes excesos; de manera que son pocas las fábricas que han podido ponerla en práctica. Además como los ingleses producen en hilados y tejidos quince veces más de lo que consumen, les es fácil á los manufactureros hacerse especialistas, fabricando un solo artículo, y llegar así á la mayor perfeccion y baratura.»

«Habeis visto, decia Mr. Thiers en 1851, hace tres años caer en pocas horas un Gobierno; veriais caer en un instante la fortuna del país, si esas nuevas doctrinas llegasen á prevalecer (a).» Confirman los hechos tales palabras, compruébalo tambien la representacion de los trabajadores de Roubaix dirigida al Emperader en Enero de 1867 pidiendo la abolicion del tratado con Inglaterra.

«Las fábricas están paralizadas, exponen, los salarios disminuyen, los comestibles se encarecen cada dia. Los desastres comerciales que acaban de desolar á nuestro país, nos tienen sumidos en la mayor ansiedad; nuestra inferioridad respecto de Inglaterra, acreditada por la experiencia nos ofrece la perspectiva de una gran miseria.»

Reasumiendo: los efectos del tratado en cuanto á la importacion extranjera, se vé que los productos manufacturados importados en 1860 de valor 58 millones, han llegado á 207 millones en 1867 y á 232 millones, segun cálculo de la Administracion de Aduanas en 1868; añadidos á los cuales 50 millones de productos medio elaborados, introducidos con franquicia á cargo de la exportacion, suman 282 millones. La introduccion en Francia de hilados y tejidos extranjeros ha

(a) Güell, Cereales, 1859.

ascendido en 1867 á 143 millones, mientras sus exportaciones en géneros de algodón disminuyen (a), En la industria metalúrgica, las importaciones de hierro fundido y acero de 5 millones en 1860 alcanzaron 47 en 1862, la elaboración del hierro en Francia, con carbon vegetal ha quedado extenuada. Los hierros están aun protegidos con un derecho de 30 por ciento.

Los resultados de este aumento de importacion los consigna Mr. Thiers, con datos, no destruidos, por haberlos suministrado los mismos centros manufactureros. En el Franco Condado de 81 establecimientos de hierro, hay 36 parados; en Champagne de 58, 39 cerrados: en Centro Berry de 36, 27; en Normandía y Bretaña de 55, 43 en Perigord, Poitu, Guiena y Pirineos de 247, 108: en todo 300 cerrados y 182 en movimiento.

La industria de algodón de Ruan calculada en 200 millones, cuenta algunos de sus fábricas cerradas, otras paralizadas al concluirse los edificios, otras han liquidado, otras venden con pérdida para no cerrar, la poblacion disminuye.

La de tules de algodón de Silla ha perdido el 80 p.º de 271 telares, trabajan 61 por seis horas diarias. En Cambresis de 790, quedan 200. En Nancy de 220 á 240,000 bordadoras, solo quedan de 40 á 60,000.

La industria algodонера no puede resistir ni los precios ingleses ni los suizos, estos últimos que tienen la ventaja de no soportar ni la quinta ni un crecido presupuesto y cuentan un motor hidráulico permanente y el jornal á bajo precio. De 1.400,000 pues que reúne la produccion algodонера francesa, en la actualidad hay 600,000 arruinadas, 300,000 paradas, 300,000 funcionando por cuenta de acreedores.

Roubaix de 700,000 puas tiene 200,000 paradas. Los paños de Elbeuf decaen.

Reconocen los ministros el malestar de la industria francesa. «Nuestra industria atraviesa hace algunos meses, decia Mr. Forcade, una crisis difícil y en algunos puntos dolorosa:

(b) Angel Bas, Resultados de las Reformas. etc., *Diario de Barcelona*.

la de los hierros pasa por un período de transformacion, sufriendo terriblemente la del hierro forjado con carbon vegetal, la de hilados de algodón sufre mucho, estando su proteccion calculada en un 10 p.º/º.» Y el mismo Emperador, contestando al Alcalde de Ruan, hubo de decir: «hemos mirado con interés los sufrimientos que con tanto valor habeis suportado y hemos aplandido vuestros esfuerzos dirigidos á atenuar sus efectos.»

Con respecto á la navegacion, desde que con el tratado con Bélgica se rebajó el recargo convenido con Inglaterra, del cual disfrutó ésta á virtud del artículo que le asegura el goce de todas las franquicias que se concedan á otro país, el tráfico bajo el pabellon francés ha disminuido considerablemente.

En 1866, hecha abstraccion de las colonias de Argel, hubo un movimiento de 3,78,000 toneladas, de las cuales la bandera francesa solo transportó 848,000, ó sea un 23 p.º/º. En Dunquerque, Dieppe, Boloña, Blaye y Nantes domina el pabellon inglés. La Junta de Burdeos declara que la supresion de todo derecho arruinará la marina francesa.

La supresion de la *escala móvil* en 1861, consecuencia de la libertad comercial inaugurada por el tratado de 1860, ocasionó fundadas quejas á los agricultores franceses á consecuencia de la baja en los cereales que no cubria los gastos de produccion, promovida por la concurrencia extranjera.

Regulado el precio del trigo francés por los procedentes del Volga, del Duiquer y del Danubio, muy baratos; faltos los trigos nacionales del amparo de la legislacion, encuentran siempre la baratura que los contraresta, no pudiendo compensar con la abundancia ni con la escasez propia, la remuneracion normal de los productos. Así se va estableciendo una importacion auxiliada por la carestía, segun declaracion del ministro de comercio, de 49 millones que representaban los cereales en 1866 subieron á 255 en 1867; el ganado de 68 á 122; las materias grasas de 26 á 46, siguiendo los demás artículos alimenticios un aumento igual. De este modo es el agricultor extranjero quien no pierde en los años comunes,

puesto que impone su tipo á los productos indígenas por necesidad más caros, y quien beneficia en los años de escasez aumentando el precio segun la demanda.

En resúmen, el tratado y sus consecuencias han postrado la agricultura, disminuido la navegacion, perturbado y disminuido la industria, quebrantado frentes capitales, producido la baja en los salarios y el aumento en los consumos extranjeros, marcado baja en el progreso, perfeccion y cantidad de productos de la Francia.

¿Cómo se escusan y compensan tales pérdidas y trastornos? Con un aumento en el comercio, algun crecimiento en la exportacion de vinos y en el desarrollo de alguna industria determinada. Tal es en el fondo la hábil defensa de la obra del Emperador por sus ministros Rohuer y Forcade La Roquette aparte los efectos que acumulan á la crisis.

El aumento en el comercio es una inevitable consecuencia del mayor consumo de productos extranjeros, y está muy léjos de significar absolutamente ningun progreso en la prosperidad, sino se revela en el aumento de trabajo y de produccion.

Mr. Pouyer Quertier redujo grandemente la agrupacion de cifras presentada por el Ministro, deshizo las duplicaciones, aquilató las valoraciones, contrabalanceando los datos relativos al tráfico con Inglaterra con las estadísticas inglesas. Y ¿qué resulta de la discusion habida entre él y Mr. Roucher? Que muchas de las exportaciones que Francia apunta como dirigidas á Inglaterra, no llegan á desembarcar, por constituirse los ingleses intermediarios en el comercio que han dejado de explotar directamente las naves francesas. Así se explica por qué las aduanas de Francia señalan 268 millones por las sedas extraídas, mientras las inglesas fijan solo 152, porque elevan las primeras á 95 millones las lanas que los últimos anotan por 43.

Añádanse á estas alteraciones y confusiones el valor de las subsistencias que la carestía hizo importar á la Francia, que solo por cereales, ganado y grasas representa 423 millones, y se tendrá conocido lo que significa el aumento del comer-

cio en 1867 alegado por el ministro. En los datos para la navegacion indígena, es sabido que Francia apunta las toneladas de vacío é Inglaterra solamente las de carga efectiva.

Mucho se esperaba de la extension del consumo de los vinos franceses en el mercado inglés, á virtud de la baja de derechos á su introduccion en la Gran Bretaña; no dejando de ser singular que el mismo artículo agrícola que fascinó á Portugal, haya sido el cebo presentado que atrajo la Francia y sea todavía el que utiliza Inglaterra para impulsar á la España á entrar en nuevos tratados de comercio. Pero como, con respecto á la Francia, la baja convenida fué general para los vinos de todas las procedencias, de aquí que no haya reportado las ventajas prometidas, y sido España la nacion más favorecida por el rápido crecimiento de sus exportaciones. Es la razon de que, como dice muy perfectamente el Sr. Güell, «acostumbrada la aristocracia inglesa al consumo de los vinos de Jerez, el tratado no impuso, ni pudo imponer al pueblo británico la obligacion de cambiar sus gustos y sus costumbres.»

«En 1856, dice Mr. Quertier, la exportacion de los vinos ascendia á 205 millones; ahora es de 215: la de aguardientes de 63 es ahora de 68. Pues bien, en 1856 no habia importacion de vinos y aguardientes, y deduciendo del guarismo de exportacion el de importacion actual, resulta aún una pérdida de 2 á 3 millones. ¿Sabeis lo que ha ganado en conjunto la industria vinícola sobre el mercado que se le ha abierto en Inglaterra? Ha colocado 27,000 hectólitros más.»

«Si la industria del hierro forjado con carbon vegetal, dicen Mrs. Roucher y Forcade, decae, la del hierro elaborado con carbon mineral progresa y aumenta.» Dejando aún aparte las observaciones opuestas á este progreso por Mr. Thiers y Quertier siempre resultará que la industria que más progresa y crece, es precisamente la que mayor grado de proteccion conserva, pues no puede olvidarse que derechos equivalentes al 30 p^o amparan las ferrerías francesas. Este efecto de la proteccion que se pretende negar y desconocer, se evidencia también en la parte de navegacion favorecida por impuestos

especiales, contrarios á la absoluta libertad de tráfico y cambio. «Cuando los norte-americanos, dice Mr. Thiers, los ingleses, los hamburgueses, en vez de hacer viajes desde su país al nuestro, van á otros puertos, han de satisfacer el recargo impuesto á su respectiva bandera. Así en Chile, en el Perú, en el Brasil en esos países que carecen de marina y en que abundan las materias primeras, la navegacion es toda nuestra y lo debemos al derecho diferencial que pagan las otras naciones y que por sí solo nos la conserva impidiendo á la marina extranjera quitarnos esos fletes.

La crisis puede influir en algo en paralizar las producciones, y admitiríamos una extension de sus efectos y una persistencia inexplicable si las importaciones extranjeras no esclarecieran suficiente las causas de la decadencia industrial francesa. Crisis alcanza la fabricacion inglesa; los efectos de la guerra de los Estados Unidos perturbaron su existencia, no obstante, los declina como transitorios y empuja su adelanto á través de los obstáculos.

Débiles, muy débiles son, pues, las razones aducidas para desvirtuar las consecuencias desastrosas del tratado de 1860, tanto las sobrevenidas en contra de la agricultura y navegacion como las irrogadas á las industrias metalúrgica, algodonera, de lanerías, productos químicos, etc.

Comprueban estos quebrantos y desgracias la situacion de los industriales, los capitalistas y los trabajadores. De los doscientos fabricantes que tomaron á préstamo sobre 37 millones de los 40 consignados en auxilio de las industrias en 1860, uno solo ha cumplido devolviendo los 4,000 francos recibidos; los dueños de ferrerías ni han podido pagar los intereses, y á haberles apremiado el Gobierno, afirma Mr. Quertin, casi todos habrian habido de declararse en quiebra. Por lo que hace á los trabajadores, han visto disminuir los jornales, y varios disturbios han patentizado sus sufrimientos y disgusto. Ciento catorce mil individuos inscritos en las oficinas de la asistencia pública, que forman cincuenta mil familias, que al levantarse no tienen, en medio de un invierno rigurosísimo, ni leña, ni pan, acreditan la realidad del hecho, no ménos que el dictá-

men presentado al Cuerpo Legislativo en 4 Enero 1868, relativamente á un auxilio de tres millones de francos para las clases trabajadoras é institutos de beneficencia; que alega por motivos y causas de este crédito la subida del precio de las mercancías, la *paralización del trabajo* en ciertas industrias y el rigor de la estación.

No es empero esto solo lo que señala el malestar de la Francia. En 1867 el Tribunal de Comercio de París declaró 1,620 quiebras, 200 más que en 1865; en 1868 estas declaraciones llegan á 1,943, 323 más que en 1867.

Las pérdidas de los valores moviliarios, segun el periódico «La Finance», tomándolo de la cotización oficial, que en 1866 fueron de 1,050 millones de francos, en 1867 ascendieron á 1.250 millones, lo que arroja un quebranto por solo dos años de 2,300 millones.

El capital depositado en el Banco de Francia, de 914 millones que importaba en Agosto de 1867, llegó á 1,126 millones á fin de Febrero de 1868, y á 1,160 millones en Marzo del propio año. Esta inactividad de un caudal tan enorme como improductivo en su generalidad, explica lo suficiente la inseguridad que reina en toda clase de empresas y producciones, la desconfianza en el porvenir de la industria francesa, bajo la situación creada por el tratado con Inglaterra. Inútil es diga Mr. Rouher que esos fondos propios de extranjeros significan el crédito de la Francia; el Banco aumentando las existencias metálicas vé disminuidas las operaciones y los negocios; cuando sus dividendos debieran ir á más, son cada año menores; la Memoria del Banco de Francia afirma que en 1867 ha tenido la totalidad de las operaciones una disminucion que alcanza la cuantiosa cifra de 926 millones de francos.

¡Qué contraste ofrece el descenso de la producción y tráfico de la Francia con el progreso y aumento de las fábricas y navegacion de Inglaterra! Mientras los industriales de la primera enseñan sus heridas y claman contra el tratado, los fabricantes y navieros de la otra prosperan y aumentan su riqueza. 28,637 buques con 5.328,073 toneladas opone la marina inglesa á los 6,240 buques con 795,000 toneladas de

la francesa, y mientras ésta encuentra sólo á virtud del tratado un consumo de 29 millones de habitantes, con hábitos y costumbres que no le favorecen con recíproca igualdad, y condiciones de baratura que no puede igualar, mucho ménos superar, la otra adquiere un mercado de 36 millones, con consumos propios de sus productos y elementos abundantes y económicos para abastecerlos.

Inglaterra sigue su tradicional política exterior, que consiste, segun Donoso Cortés, en conservar sus actuales mercados y abrirse otros nuevos. Ella no sacrifica sus intereses económicos á los políticos; su situación especial la favorece para producir excepcionalmente y explotar los intentos de las naciones continentales; y si no obstante los sacrificios comerciales, quieren algunos prevalerse más de lo que á ella conviene, de las concesiones otorgadas, creyéndola adormecida, no tarda en levantar su voz y advertir por boca de lord Palmerston, «que cuando se le tiende una mano amiga la acepta con gusto, pero que con la otra empuña la espada en señal de no hallarse desprevenida.»

Despréndese, pues, del estudio de los resultados que para Francia ha tenido el tratado de 1860, que han sido idénticos á los presumidos por el Emperador actual, cuando estudiaba en el extranjero los medios de extender la animacion, la abundancia del trabajo y de la riqueza en el país que despues le aclamó. Francia lleva perdidos más de dos mil millones, los obreros van quedando sin jornal, el comercio se vé privado del beneficio del tráfico nacional. Y á pesar de esto, el tratado sigue y seguirá vigente de un año para otro, ínterin la política imperial no haya resuelto á su gusto las graves cuestiones de preponderancia pendientes. Entónces, acordándose de sus vaticinios y predicciones realizados, atenderá el clamor de las industrias, de la agricultura, de la marina, conservará al producto nacional el consumo y tráfico nacional, y reivindicará la libertad de poder modificar con un simple decreto los aranceles, para impedir la ruina ó declinacion de los intereses de la Francia.

Este ejemplo debiera servirnos de aviso, si alguna vez hu-

biésemos sido avisados, para no entrar en la senda en que el vecino imperio anda perdido y extraviado, á pesar de sus mayores medios y mucho más favorables elementos. Disfrazando las consecuencias, ocultando los efectos, la Francia brinda á las naciones que le son inferiores á contratar libremente, prestando mentidas ventajas, para resarcirse con sus quebrantos de las pérdidas que le acarrea su convenio con Inglaterra. Pero la Rusia se muestra sorda, los Estados Unidos tratan de gravar los efectos extranjeros con derechos de proteccion equivalentes á un 40 y 50 por ciento, ad valorem; solo España secunda las miras de la política francesa, y á ello le escita el «Libro azul», ó exposicion oficial de la situacion del imperio, con motivo del decreto de 22 Noviembre, que sacrifica infructuosamente la marina mercante española.

Desgraciado en Inglaterra, perjudicado por Suiza, contenido por Alemania cuyo progreso aducirá; explotado por Bélgica, desoido de Rusia, contrariado por los Estados Unidos, el imperio francés busca el modo de emplear sus buques, de exportar sus mercancías, y como el atraso de los españoles le brinda, ansía nuestro cabotaje y el comercio con nuestras colonias; pretende un mayor consumo de sus efectos.

Nos brinda con la reciprocidad, que poco nos importa, así como Inglaterra con baja en los vinos, que no asegura una mayor compra, como lo demuestra la otorgada á los franceses.

Sea lo que fuere, sirva ó no el ejemplo, valgan ó no las razones, acabamos de ver que es perjudicial renunciar á la facultad de modificar á voluntad los derechos arancelarios por durante un largo período de tiempo; que acarrea graves quebrantos á todos los ramos productivos de la riqueza entrar en la concurrencia general no reuniendo las excepcionales condiciones que en lugar oportuno dejamos determinadas; finalmente, que el objeto exclusivo de los tratados debe ser el progreso y aumento de la produccion y navegacion propias.

Contribuciones.—Sus bases y reformas generales.

Sabido es que los impuestos y tributos afectan el crecimiento y adelanto de las industrias y producciones. Cuanto más retira el Estado de los contribuyentes, más encarece los objetos producidos, más dificulta su consumo; pues como dice Smith y explica Bastiat, el impuesto recae siempre sobre el consumidor. Además, según el importe de las contribuciones y el modo con que pesan sobre los individuos, imposibilitan la creación del ahorro, base la más segura del capital reproductivo.

A 1,298 millones ascendía el presupuesto de la nación en 1850; á 2,810 llegó en 1861, manteniéndose ahora á 2,700 millones próximamente, desde 1862 á 1867-1868. Por mucho que quiera suponerse el aumento en la riqueza imponible, es innegable que no ha seguido esta progresión. Nada lo revela tanto como el déficit anual que arrojan y el aumento lastimoso de la Deuda, que es el medio á que se acude para saldar el exceso de los gastos consignados en la lista civil.

El Sr. Pastor afirmaba en el Senado, que el país no podía pagar más arriba de 2,100 á 2,200 millones, y que aún así, era esta cantidad desproporcionada á los actuales rendimientos, ora se compare con la riqueza territorial, ora con la moviliaria ó comercial. «La materia imponible territorial de España, decía, no pasa de 2,900 millones; ¿no es una exorbitancia exigir 2,200 para impuesto? Por todo comercio, interior y exterior tenemos unos 3,000 millones; ¿se comprende que con ese movimiento puedan pagarse 2,200? Inglaterra tiene un movimiento de 49,900 millones y paga 6,200, es decir, el 13 por ciento; Francia tiene 29,000 millones y paga 6,400, esto es, el 17 por ciento; Bélgica tiene 9,000 y paga 600; nosotros 2,200 por un movimiento de 3,000, es decir, el 83 por ciento: esto no es posible.» (a)

Según los datos expuestos por el Sr. Güell, el inglés paga

(a) Sesión del 5 Mayo 1868.

227 rs. 20 cénts., el francés 190-10, el español 135-48, el belga 125-73, el prusiano 111-86, el austriaco 76, el ruso 67-66 y el portugués 59-33 (a). De modo que ocupando el décimo-sétimo lugar en la escala de densidad de población; siendo de las últimas naciones con respecto al movimiento comercial; por lo que hace al pago de tributos, se halla España en el tercer sitio, después de Inglaterra y Francia, y antes que Prusia, Austria y Rusia.

La contribución de consumos, recientemente suprimida y transformada en capitación, que en 1863-1864 produjo 169 millones, así como en ella está, dice el citado Sr. Pastor, el mérito del sistema tributario inglés, encierra la ruina y descrédito del sistema tributario español. Fundada en la base errónea de que el hombre consume en proporción de lo que tiene, y no de lo que él necesita; pesando de una manera abrumadora y dura sobre los artículos de comer, beber y arder, con tipos del impuesto exorbitantes, pesa en razón directa de la imposibilidad. La contribución de consumos donde existe se ha reducido á pocos artículos.» En su conjunto y especialidad, los tributos, pues, son exagerados, múltiples y desiguales, desconociendo esta verdad de la economía social: que cuanto más ligero es un impuesto, más fácil es de repartirlo equitativamente, y que, al contrario, cuanto más pesado, se reparte con desigualdad, recayendo sobre los ciudadanos en razón inversa de sus facultades (b).

Llegado ya el impuesto en su desarrollo sucesivo, al punto en que lo que á su cifra se añade, se recorta á su producto, como lo demuestra la baja general en la recaudación que viene observándose; la tributación ha de mudar de bases, cambiar de objeto, modificar sus tarifas; en una palabra, ha de proporcionarse al rendimiento de la riqueza, bajar cuando este baja, elevarse cuando este sube.

La savia absorbida ha de rehacerse, si no se quiere que el árbol muera, y se pretende dé constantes y mejorados frutos.

(a) Observaciones sobre la reforma arancelaria, 1863.

(b) Bastiat. Obras completas.

Permitiendo al agricultor ahorrar en los años medios, podrá atravesar las épocas de carestía sin desamparar los campos, como ahora; sin vender los útiles y animales de labranza para satisfacer las elevadas cargas del Estado. Así podrá también mejorar los métodos productivos y producir más y mejor, en beneficio común, pues contará con medios propios, sin la extenuación de la usura. Dejando que el trabajador, con los víveres baratos, consiga reunir un caudal suficiente para transformarse en empresario, aumentaráse el trabajo y su producto. Permitiendo que el comerciante no vea esquilmo el beneficio del tráfico ó aumentados sus quebrantos con el subsidio exagerado que se le impone, se acrecentará el negocio, se realizará una mayor acumulación de capitales y con esta abundancia renacerá ó se extenderá la actividad y la producción, y en ellas encontrará el Erario una compensación creciente y segura en el aumento incesante de la riqueza, origen del mayor rendimiento de los tributos.

Período segundo.

Expuestos ya los medios para atenuar ó hacer desaparecer los efectos de las causas que perturbaron el desarrollo industrial, hasta ocasionar su ruina, en el primer período y cuyas consecuencias en parte han alcanzado nuestros tiempos y conservado algún influjo en contener el desenvolvimiento actual de la producción española; debemos ahora continuar exponiendo aquellos que orillen los obstáculos contra su progreso y extensión suscitados, derivados de las causas restantes señaladas y que abrazan el período segundo de nuestra división y estudio.

Necesidad de una política económica proteccionista con todas sus consecuencias.

Si la influencia de los principios del sistema del libre cambio paralizan aquel desenvolvimiento, según quedó demostrado, fuerza será adoptar la política económica contraria del sistema protector, con todas sus naturales consecuencias.

Vive el Estado de la riqueza pública imponible, compuesta, según Say, del valor de los productos de donde se saca el importe del impuesto; y como el trabajo da valor á las cosas, según el grado de inteligencia en ellas desplegado, y el aumento de estos valores constituye el acrecentamiento de la riqueza general, sobre la que versa la imposición de tributos, deber es suyo y en su interés está fomentarlo y protegerlo.

Acordes este interés y objeto con el de todo sistema económico, los aranceles no tienen otra mira que proporcionar á un pueblo la mayor suma de trabajo; siendo lícito y completamente legítimo asegurar una protección al producto nacional contra el producto extranjero, y reservar al trabajo nacional el mercado de la nación (a). Así el Estado y el arancel han de coincidir en estimular la producción del país por sus medios y acción respectiva: el Estado encargando á las industrias propias privadas cuanto él no pueda ó no deba hacer, renunciando á comprar por cuestión de simple baratura, los objetos que la nación puede suministrar; el arancel elevando el impuesto sobre los similares extranjeros, gradualmente según la importancia de la producción establecida y las condiciones del producto extraño.

Seguido este sistema por el Gobierno francés hasta 1860, ha dado resultados sorprendentes y colocado á la industria del vecino imperio en la situación tan ventajosa en que la vimos, ántes de inaugurar el cambio de principios consignado. Sus vastos talleres de fundición, concretándonos á la importantísima industria metalúrgica, las grandes máquinas de vapor que

(a) Thiers, sesión del 13 Mayo 1868.

construye, los buques de hierro que elabora, son debidos á la tutela gubernativa que protegió con primas y estímulos aquellos establecimientos, y que facilitándoles siempre trabajo, aún á costa de grandes sacrificios, consiguió, no solo poseer una marina de combate que impone á la misma Inglaterra, sino crear una industria productiva que, ántes de los acontecimientos económicos sobrevenidos, á la vez que conservaba á la Francia los grandes capitales que representan las construcciones producidas en variedad de objetos, atraia de nuevos, por las demandas que otros Estados hacian á aquella industria con el encargo de buques, máquinas, efectos diversos y recomposiciones.

Los ministros españoles acuden á las fundiciones y astilleros de Francia é Inglaterra, invirtiendo sumas enormes que desangran la nacion, en la construccion de los costosos buques para la armada, y de un gran número de máquinas, útiles y efectos; cuando la industria propia nacional decae gravada con fuertes tributos, falta de estímulo, de aliciente y de proteccion.

Alguna máquina, alguna recomposicion es lo que de vez en cuando solamente se consigue del Estado despues de vivas y reiteradas instancias; uno que otro buque sale de los astilleros nacionales. Pero en los de la Seine y de Inglaterra es donde se construyen naves como la *Numancia*, la *Victoria* y la *Arapiles*; allí se surte la navegacion por vapor; en las fundiciones extranjeras se compran las rails, las locomotoras, el material de puentes de nuestras vías férreas; de allí sale la mayor parte de la maquinaria y estas abarcarán todas las necesidades de esta índole al ponerse en vigor la fatal supresion del derecho diferencial; y al practicarse la libertad de recomposicion decretada.

Hasta el faro de hierro de la isla de Buda, en las bocas del Ebro, ideado por los ingenieros españoles, por mezquindad de economía fué construido en Inglaterra; las estátuas de fundicion de nuestros grandes hombres se avergüenzan en sus pedestales de deber su existencia al trabajo extraño.

Y mientras no estén en España á la altura debidas las fun-

diciones y talleres; la construcción de máquinas y útiles, difícil, si no imposible, será prosperen, ni el comercio, ni la industria, ni la navegación, ni en consecuencia la riqueza del Estado; por cuanto el hierro y sus productos son de un uso universal y progresiva aplicación, que absorben inmensos capitales.

En la navegación, en la producción, en el transporte, en todo género de trabajo, en la construcción de edificios, en todo se emplea el hierro. Calderas, buques, máquinas, gruas, dragas, carriles, locomotoras, blindajes, enseres, todo es obtenido con la fundición ó elaboración de aquel metal, de una importancia y trascendencia inmensa.

«El hierro y el acero, dice un ilustrado escritor, no son solo los brazos de la industria, sino una materia importante de edificación y un elemento utilísimo de mobiliario. Las camas, los lavabos, las perchas, los veladores, sillas, butacas, los útiles de cocina y comedor todo es hierro (a). Esta producción, además ha entrado en una faz, abandonando sus modestas pretensiones, y presentándose osada á disputar con su perfeccionamiento y elegancia los ricos muebles de la ebanistería moderna. En la exposición de París, Austria presentó objetos de hierro fundido, componiendo un lujoso movibiliario completo de sala, alcoba y escritorio: sofá, butacas mecedoras, sillas, velador, consola, reloj, escritorio, papelera, cama, mesa de noche, espejo meridiano jardinera, tocador, paje, etc. Pero la parte más importante que el hierro desempeña en la economía de la humanidad, es en la construcción de máquinas. Ellas no solo precipitan el tiempo, aumentando rápidamente los productos, sino que descansan al hombre en sus tareas más fatigosas y más pesados trabajos.

«La maquinaria, dice el autor citado, constituye una parte muy esencial de la vida moderna, y su perfeccionamiento es quizá el más laborioso de los fines á que se dirige el ingenio humano en nuestros días; tanto que el mayor ó menor desarrollo de maquinaria influye poderosamente en el sentido fa-

(a) Castro y Serrano.

vorable ó adverso que de la civilizacion de un país puede formarse, sin que haya medio de rechazar las opiniones que se funden en este filosófico principio.»

○ Su aplicacion á la agricultura, á la locomocion, á la navegacion y á todo género de industria impulsa el asombroso acrecentamiento del trabajo y de los productos, abaratando el precio de estos y poniendo al alcance de las clases más necesitadas más abrigo, más comodidad, más conveniencia, mayor cantidad de mejores y más sanos alimentos.

○ Interin no se exploten en España las cuencas de hulla que deben abaratar el precio del combustible, las fundiciones y altos hornos no se hallarán en una situacion normal que debe señalar, amparados por el Estado, el punto de partida hácia una más económica, perfecta y abundante produccion de hierro. A su vez el desarrollo y progreso en la elaboracion de este metal influirá en la construccion de útiles y maquinaria, y esta en la reforma de los trabajos agrícolas y adelantos fabriles, suministrando á la navegacion medios más propios para verificar el transporte á menor precio con ventaja universal de todos los productores y consumidores españoles.

○ Se vé, pues, nuevamente, áun con el solo ejemplo del artículo señalado, la vital necesidad que en el dia tienen todas las naciones de ser industriales, si su existencia y riqueza no han de ser absorbidas por las que avanzan en esta senda de progreso y produccion manufacturera: va en ello el ser ó no ser, el adelantar perfeccionando ó el decaer pereciendo.

○ ¿Cómo podrá conseguirse establecer un mayor laboreo y produccion del hierro, que por la generalidad de su uso es una de las industrias más importantes?— Como se ha conseguido en otras partes, como puede alcanzarse en todo género de útiles producciones, como el pasado, el ejemplo y el resultado enseñan.

○ Con sumas de importancia han auxiliado aquí los gobiernos ilustrados la existencia industrial en épocas varias de nuestra historia; con primas de exportacion Francia é Inglaterra han estimulado el aumento de sus productos; con préstamos y adelantos á la industria y agricultura, con subven-

ciones á la navegacion, ha, especialmente la última, demostrado en períodos diversos su afan constante en proteger los verdaderos fundamentos del poderío británico; sistema igualmente propuesto hace cortos meses al Congreso de los Estados Unidos, para mejorar la situacion en que colocó á muchos distritos industriales la última y terrible guerra que los dividiera. Unida á estos esfuerzos la accion protectora de las tarifas arancelarias, es como se ha, en la generalidad de los casos, obtenido el aumento y perfeccion asombrosa en los artefactos y manufacturas de la mayor parte de las naciones.

Así será posible levantar en España la industria de la herrería, y con ella las demás producciones ventajosas y convenientes á nuestro progreso.

Suscítase, empero, con la forma de las medidas propuestas, una cuestion largamente debatida, que, como las más, no tiene solucion absoluta, sino relativa segun las condiciones del país de que se trate.

Exámen del principio de la intervencion del Estado en la direccion de la actividad privada.

¿Es útil, innecesaria ó perjudicial la intervencion del Estado en la direccion de la actividad privada?—Sostienen unos que es útil y citan diversos países que ha favorecido; afirman otros que es innecesaria, y citan, por ejemplo, á Inglaterra; otros en las regiones de la teoría asientan su perjuicio.

Decía Rousseau, apartándose de los sofismas y paradojas en que comunmente se envolvía, al proponerse cuál era la mejor forma de gobierno, que este problema encerraba tantas soluciones como hipótesis se formuláran. Lo mismo puede decirse con respecto á intervenir ó no el Estado en la produccion: habrá tantas soluciones como hipótesis se sustenten; ó lo que es igual: así será necesaria ó innecesaria, útil ó perjudicial la intervencion gubernativa, segun sean los medios, elementos y estados de la nacion de la cual se trate.

Nosotros que, segun se ha visto, partimos de la observa-

cion, y por el estudio de esos elementos, medios y situacion del país dado, deducimos la conveniencia ó inoportunidad de los sistemas, principios y doctrinas cuya aplicacion se discute, tenemos el modo seguro de resolver con el mejor acierto la teoría propuesta, íntimamente relacionada con nuestro porvenir industrial.

Estimulan la actividad humana, como es sabido, un extenso trabajo, un seguro consumo, abundancia de capitales, probabilidad de lucro, instruccion generalizada, brazos disponibles. Una nacion que cuente tales condiciones puede prescindir y prescinde de la intervencion del Estado; el genio activo de los habitantes la hace innecesaria, é inútil la existencia en sus manos de los medios de reemplazarla; pero un país que cuente poco trabajo, incierto consumo, falta de grandes capitales, inseguridad de lucro, corta instruccion y carencia de brazos por la escasez de poblacion; este país requiere la tutela del Gobierno, que es quien puede suplir la falta de medios y excitar la actividad enervada de sus habitantes.

Escusado es indagar, por quedar consignado en todas las páginas de este escrito, si España se encuentra ó no en el primero de los dos casos supuestos. Demostrado queda que se encuentra en el segundo, y en consecuencia, que aquí es de necesidad la intervencion gubernativa del Estado.

Opiniones autorizadas confirman y refuerzan nuestra convicción. «La intervencion gubernativa, dice Anglasell, léjos de oponerse á la libertad, es el apoyo y sosten de la misma. Los gobiernos deben rechazar todas las medidas que puedan ser una rémora para la produccion y perturbar las fuerzas productoras en su natural accion y movimiento. Su intervencion no puede tener más que dos objetos: remover los obstáculos, para cuya remocion no bastan las fuerzas individuales; fomentar la produccion, esto es, hacer sentir su accion poderosa en todos aquellos casos en que la de los particulares seria impotente» (a).

«En todo lo que se hace inaccesible á los particulares, dice

(a) Lecciones de Economía política.

á su vez Campomanes, es indispensable obligacion del Gobierno proporcionarles aquellos medios equivalentes á que la industria no se retraiga, ni permanezca imperfecta por su falta» (a).

El interés privado no construiría canales, puertos, carreteras, faros, templos, á no convertir despues su explotacion en onerosa á los viajeros, marinos, transportes, etc.; en muchos casos, y en el nuestro especialmente, la actividad particular desamparada no puede ni allegar los recursos ni adoptar los medios indispensables para el progreso y extension industrial; sólo puede hacerlo el Estado por la utilidad comun que resulta, sin gravar crecidamente á cuantos utilizan sus creaciones y benefician con su accion; pues recobra por medios indirectos y resarce lo que gasta en obras y empresas de utilidad y conveniencia públicas.

Hay, pues, casos en que es necesaria la intervencion del Gobierno; otros hay tambien en que es conveniente que llegue hasta la produccion directa del Estado. A este objeto dice el citado Anglassell: «Los gobiernos, por mera excepcion, pueden ser productores: primero, cuando exista una necesidad imperiosa de un servicio ó de unos productos, de cuya elaboracion ningun particular se encargaria por no rendirle beneficios; segundo, cuando la produccion ó servicio exijan tales garantías que sólo el Estado puede darlas; tercero, cuando la falta de completa tranquilidad en un país, no permite, sin peligro, dejar á la industria privada la fabricacion de ciertos productos; cuarto, cuando falto de recursos el Estado, se vé precisado á buscarlos en industrias cuyos productos monopoliza; quinto y último, siempre que el estado de atraso del país ó la falta de capitales imposibilite ciertas producciones.»

Si los gobiernos pueden llegar á ser productores, no perjudicando ni haciendo la concurrencia á las industrias privadas; si está en su interés y en el del beneficio comun intervenir para fomentar las producciones que requieren su auxilio, su intervencion y produccion quedan justificadas.

(a) Discurso sobre la industria popular.

Límites de esta intervencion.

Falta determinar los límites de esa accion interventora. En nuestro sentir los fija la siguiente fórmula: «La intervencion del Estado cesa donde comienza la accion de la actividad privada; pero donde ésta no alcanza, debe llegar el Estado para realizar los altos fines de la produccion.

Modo de realizar la aplicacion de los principios proteccionistas.

Justificada la intervencion gubernativa, esclarecidos los límites de su gestion, debemos precisar el modo de realizar la aplicacion de los principios y doctrinas del sistema protector con sus consecuencias, estimulando, favoreciendo, auxiliando, premiando el Estado todos los ramos y adelantos productivos.

Cuanto la nacion requiere para su servicio, y es posible razonablemente producirlo, ha el Gobierno de encargarlo á las industrias del país. Si la carencia de medios imposibilita el establecimiento de altos hornos, vastos talleres, útiles industrias necesarias, suministre fondos por via de adelanto, préstamo, subvencion, premio ó prima para que existan y se desarrollen la produccion y el trabajo.

Estos principios no son nuevos, pero son útiles, y á ellos acuden y han acudido las naciones inteligentes para conseguir la aclimatacion, existencia y aumento de diversos ramos productivos.

En 1746, en tiempo del ministerio del duque de Newcastle, en el que Pitt cooperaba con el destino de vice-tesorero de Irlanda, consejero privado y pagador del ejército, se protegió por medio de primas la pesca marítima; con iguales medios se favorecia la exportacion; prestáronse en períodos difíciles, ora á la agricultura, ora al comercio, cantidades de importancia para auxiliarles; subvencionáronse buques y otras

empresas para aumentar la facilidad de los transportes; premiáronse los inventos, y aún ahora últimamente se concedían primas de exportacion para estimular la produccion del líquido en Inglaterra.

Igual camino ha seguido la Francia. Encargando á sus talleres el material necesario para el Estado; concediendo primas de exportacion para abaratar los productos y aumentar el consumo, soportando la concurrencia; subvencionando empresas de transportes marítimos y terrestres; realizando préstamos á los industriales, enaltecendo el trabajo y asegurando la propiedad de los inventos, es como esta nacion ha progresado y prosperado maravillosamente.

En épocas pasadas siguiendo España igual senda en mucha parte, vió florecer las producciones, aumentar la riqueza, mejorar su estado, renacer su progreso. Nuestro atraso y escasez de medios, aniquilado casi el espíritu de asociacion por los resultados nada satisfactorios obtenidos de su aplicacion, hacen necesario é imprescindible adoptar iguales medidas, en especial por lo que respecta al auxilio y premios á las empresas, si se quiere conseguir se desenvuelvan con eficacia y energía las fuerzas productivas del país. Ha de continuarse la remuneracion á los armadores que hagan construir buques de grande capacidad, en mal hora suprimida; han de ofrecerse premios de estímulo, al ganadero que más abundante número de cabezas alimente y mejor y más cuantiosa cantidad de lana produzca; al productor que mayor número de objetos determinados exporte, al que coseche mayor cantidad y mejor calidad de cáñamo, seda, lino, etc.; al industrial que construya una especificada cantidad de toneladas de rails y de material de mejor y más perfeccionado hierro; al que construya asimismo un número dado de locomotoras, de máquinas y buques de vapor; auxiliando con préstamos, subvenciones y encargos la creacion y subsistencia de aquel género de productos que necesite el Estado y sea beneficioso á la nacion.

Hay que extender el principio sancionado por la experiencia, y de aplicacion universal, que aún aquí, alentaba la cons-

truccion de grandes buques, estimulaba las comunicaciones y transportes rápidos, subvencionando vapores y líneas férreas, favorecía la construccion de canales suministrando recursos y amparaba con exencion de derechos á los útiles y materiales el establecimiento de las vías férreas en España.

Algunos millones anualmente consignados en el presupuesto, cuya gran parte podria por amortizacion retornar al Tesoro, fecundizarian el movimiento industrial y productivo, que es la vida y la existencia de los pueblos modernos; viniendo á ganar los contribuyentes en concepto de productores ó consumidores lo que en aquella calidad perdieran; y el Estado, promoviendo una mayor riqueza por medio de un más extenso trabajo, hallara en el aumento de giro, transporte y productos, en la creacion de una cantidad mayor de materia imponible, el secreto no sólo de recobrar sus sacrificios, premios ó adelantos, sinó de acrecentar sus recursos y con ellos su importancia y poderío.

Así se fomentaría activamente la produccion en toda su variedad, así cesaría el estacionamiento y se establecería el progreso industrial que ilustra los pueblos y enriquece los gobiernos.

No sin razon el ilustre autor de *España en Paris*, coincidiendo en esta parte con nuestras miras y propósitos, exclama: «Nos hemos persuadido que nuestros gobiernos tienen que estimular artificiosamente ciertas industrias en España, ó destapar la válvula de los aranceles»; es decir, ó alentemos la produccion, ó resignémonos á la insignificancia, á la despoblacion y á la miseria.

El sistema de aranceles ha de secundar los fines de la proteccion gubernativa.

Tales esfuerzos deben ser secundados por la eficacia del arancel.

Suma es la importancia de las leyes arancelarias, siendo, como se ha sentado ya, que la legislacion económica es el

más eficaz de los auxilios que contribuyen al bien y prosperidad de los hombres, en el orden político de las naciones.

Para llenar este objeto, ¿cuáles debieran ser las bases adoptables á efecto de que la acción arancelaria promoviera y coadyuvara por su parte al desenvolvimiento industrial y productivo de España?

Difícil es sentarlas generalmente, porque, conforme dice un escritor distinguido, «diversa la situación económica de cada país; tan relativas sus circunstancias; dependiendo su bondad de las condiciones generales de las naciones y de las especiales de cada producción, según el desarrollo total y el parcial de las industrias propias y el de aquellas de cuya concurrencia debe protegérselas; sólo conociendo estas circunstancias que indican aquel estado, puede con seguridad y acierto determinarlas.

Los estudios precedentes nos han, con todo, suministrado datos suficientes para poder establecer, con algún conocimiento, los principios generales que debe contener el sistema arancelario apropiado al objeto de desarrollar la producción y la actividad en nuestra nación.

Sistema arancelario de Bastiat.

Bastiat proponía como ley de aduanas, insiguiendo sus ideas librecambistas, tres solas bases:

Primera. Los objetos de primera necesidad pagarán un derecho *ad valorem* de 5 por ciento.

Segunda. Los objetos de comodidad. 10 por ciento.

Tercera. Los objetos de lujo. 15 ó 20 por ciento.

Si puede ser agradable esta ley por su sencillez y laconismo, no es ella aplicable sino á países que, no produciendo, ni siendo susceptibles de producir artículos de primera necesidad, ni objetos de comodidad, ni efectos de lujo, tuvieran algo perenne, especial y abundantísimo que dar en cambio. No es esta nuestra situación, ni tales las circunstancias que acompañan la producción nacional.

Bases de la reforma de 1849.

Las bases sentadas en la reforma de aranceles de 1849, que, como se ha visto, tuvo por objeto promover el aumento de ingresos por aduanas, fijaban: para las máquinas é instrumentos que se introdujeran con destino á las industrias agrícola, minera y fabril un derecho de 1 á 14 por ciento, *ad valorem*; igual tambien para las materias primeras no producidas con abundancia en España, que sirvieran para el trabajo de la industria nacional.

Las materias primeras, similares á las producidas con abundancia en España, los agentes de produccion, los artículos de manufacturas extranjeras que compitiesen con sus similares nacionales, quedaban protegidos con un derecho de 25 á 50 por ciento.

Los artículos extranjeros que exige el consumo y la nacion no proporciona debian satisfacer hasta un 15 por ciento, máximo 20 por ciento.

El derecho diferencial de bandera se fijó en el 20 por ciento, con facultad de aumentarlo en los artículos que contribuyan eficazmente á sostener nuestra navegacion.

Entre las varias prohibiciones, respecto á la importacion, que expresaba, se hallaban: el calzado, las ropas hechas y libros impresos en idioma español; y respecto á la exportacion, el corcho en panas ó tablas de la provincia de Gerona, los trapos de algodón, cáñamo y lino, y los efectos usados de estas materias que constituyen la primera de la fabricacion del papel.

Contenia además, la facultad de poder establecerse depósitos generales, donde se admitiesen toda clase de productos, géneros y efectos (a).

Aunque conformes en parte con los principios que dichas bases consignan; la aplicacion en su desenvolvimiento, de la teoría de los derechos fiscales, su reconocida tendencia á pro-

(a) Guia de Hacienda de 1849, pág. 233.

mover la importacion con la mira de aumentar los rendimientos aduaneros; la fijacion del número de hilos en las manufacturas de algodón admitidas, levantando la prohibicion general que las favorecia y los resultados que de ello se originaron, impiden la adopcion completa de las bases de aquella reforma.

Bases de la de 1863.

Conocidas son las propuestas en 1863, de las que nos ocupamos ya, examinando las consecuencias de las reformas arancelarias. Proponíase declarar libres de derechos, ó con solo el de 6 por ciento, las primeras materias y los agentes naturales de produccion, los cáñamos, linos, sedas crudas, máquinas completas de vapor, hidráulicas; imponer del 6 al 12 por ciento á las hilazas, ácidos, etc., las máquinas no comprendidas en la base anterior, herramientas para todas las industrias, instrumentos de ciencias y piezas sueltas de maquinaria; desde un 1 á un 12 por ciento á las mercancías extranjeras cuyos similares no se producen; del 12 al 20 por ciento á las extranjeras iguales á las de fabricacion nacional no producidas en abundancia, excepto los hierros que por ser necesarios á otras industrias importantes pagarán de 20 á 30 por ciento, tipo igual impuesto á las manufacturas extranjeras que pueden competir con las nacionales, ménos las de algodón y los hierros que podrán recargarse con el derecho de 30 á 50 por ciento. Alzarse las prohibiciones contenidas en la Reforma de 1849, respecto á importar calzado y ropas hechas, que se admiten con un 40 por ciento, y las de importar manufacturas de algodón, con algunas excepciones contradictorias. Concédese la facultad de revisar cada dos años las valoraciones, rebajando gradualmente las que tuvieran señalado el tipo máximo de imposicion, al objeto de quedar reducidas al mínimun de cada grupo dentro el período de seis años.

Examinada ya esta reforma con las bases que comprende, es ella tan radicalmente opuesta al porvenir industrial y á la

prosperidad de España, desconoce de tal modo la influencia de la proteccion en el aumento de los tributos y rentas públicas; que así como en las consignadas en la de 1849 hay algo útil que aprovechar, en el proyecto de 1863 nada puede ser utilizado, por destruir de raíz en la nacion é imposibilitar todo gérmen de existencia y de progreso en las artes é industrias nacionales.

Sistema arancelario de Anglasell.

Tratada esta cuestion más conforme á nuestras ideas y á los intereses comunes, por el malogrado Anglasell, despréndese de sus observaciones: «que pudiendo tener los aranceles dos objetos, uno económico, que es la restriccion de la concurrencia extranjera; otro rentístico, que es el de proporcionar recursos al Estado por medio de la contribucion de aduanas, éste no ha de dominar á aquél; que los derechos arancelarios deben en general fijarse en aquel límite en que cubran el precio natural de los productos nacionales, teniendo en cuenta la renta de la tierra, el interés del capital, las utilidades del empresario y los salarios del trabajador; que las primeras materias y los artículos manufacturados que en la nacion no se produzcan ni puedan producirse, no deben ser, económicamente hablando, materia del arancel, por faltar la razon de la imposicion; que si las primeras materias que en el país se producen no fueran suficientes para alimentar el trabajo nacional, deberán gravarse las extranjeras con aquel tipo de derechos que, bastando para impedir la ruina de los productores de ellas, no sobrecargue el costo de produccion de los artículos que con las mismas se elaboran; que las sustancias alimenticias se sujetan á los principios mismos que las primeras materias; que las tarifas de aranceles deberán ser distintas en unos mismos artículos por razon del derecho diferencial de bandera; que no deben ser objeto de la proteccion

(a) Lecciones de Economía política, pág. 337.

arancelaria las industrias que no puedan llegar á confundirse con las indígenas y á satisfacer con el tiempo cumplidamente las necesidades del mercado; que los derechos arancelarios no han de ser tan crecidos que equivalgan á una absoluta prohibicion, ni permanecer los mismos cuando las industrias adelanten, sin ser súbitos y frecuentes, sino lentas y preparadas las variaciones, á fin de que los productores puedan aprestarse para la lucha en que á cada variacion han de empeñarse; que la prima arancelaria no permita cubrir la del seguro del contrabando, para no perder el Estado y los particulares; que, finalmente, deben instituirse puertos de depósito para no retraer al comercio de buena fé y templar con ello todo sistema arancelario.»

Acceptables muchos, no todos, los principios expuestos por los diversos sistemas y teorías apuntadas, puede formarse ya un suficiente juicio acerca de las doctrinas que influyen en la legislacion aduanera, segun sea el punto de vista elegido, librecambista, fiscal ó arancelario ó protector.

Fines á que deben tender las leyes arancelarias.

Segun nuestro concepto propio, las leyes arancelarias deben atender especial y preferentemente al desarrollo de la produccion; en órden segundo al interés del Erario, y en categoría subsiguiente deben tratar de imprimir cierta direccion al consumo, que coadyuve á afianzar la pública prosperidad relativamente á la inversion de la riqueza.

Fomentar las producciones nacionales y el comercio, hacer que el Erario perciba rentas por la contribucion impuesta á la introduccion de efectos extranjeros, que, sin ello, quedarian libres de todo pago; promover el empleo de los capitales en objetos necesarios y útiles, limitando la importacion de los de fantasía, faustosidad y lujo; tal es el triple concepto bajo el cual tratamos de sentar las bases de un sistema de leyes de aduanas, idóneo á la situacion y condiciones industriales y productivas de España.

BASES PARA UNA LEGISLACION ARANCELARIA.

Bases para una Ley de aranceles propia á la situacion productiva de España.

Primera: *Corto ó ningun derecho sobre las primeras materias que se introduzcan y que la industria nacional elabora, no producidas por el país.*

Este principio se halla generalmente admitido y explicado en varias naciones, sobre todo en aquellas cuya industria ha de luchar con la concurrencia extraña. Su utilidad se concibe por abaratar el precio de los productos y permitir extender, en consecuencia, el consumo hasta su máximo límite.

Base segunda: *Las materias primeras que la nacion produce en abundancia pero no en cantidad suficiente para el consumo de las industrias, quedarán gravadas, las extranjeras que se introduzcan, con un derecho bastante á impedir la disminucion ó ruina de la produccion nacional, si la perjudicaren; si las similares extranjeras resultasen á un precio mayor, entónces podrá permitirse su libre introduccion.*

Siendo el objeto del impuesto arancelario resguardar las industrias y producciones nacionales, armonizando sus intereses, sin gravar los productos innecesariamente, ha de atemperarse á regular la importacion por la necesidad de los consumos, impidiendo que ni se destruya un ramo importante de riqueza, ni se coarte ó disminuya el aumento industrial. Como caso de resultar las primeras materias extranjeras á un tipo más elevado que las nacionales, cesa por inútil la accion protectora del arancel; á fin de que las industrias necesitadas se surtan al precio ménos costoso posible y no disminuya la cantidad de valores que crea el trabajo, debe ser permitida la introduccion sin derechos del déficit que el consumo reclame.

Base quinta: *Las sustancias alimenticias se sujetarán á los principios mismos que las primeras materias.*

Esta base, íntegramente trasladada de las enunciadas por el distinguido Anglasell, se funda en que, siendo la alimenta-

cion segura de los pueblos la primera condicion de su existencia y de la tranquilidad y órden interior de las naciones, si el país no produce las subsistencias, debe favorecerse su introduccion con la baratura mayor posible; y en que, si produciéndolas, no bastan á cubrir sus necesidades, debe procurarse tambien conseguir este suplemento, al precio menor dable, pero guareciendo el derecho la produccion ya establecida.

En tiempos extraordinarios de escasez por la falta de cosechas, enfermedades en las plantas y ganados, etc., la libre introduccion es de necesidad, porque el alza natural que generalmente acompaña á la carestía, realizándose en todos los mercados productores, es ya un derecho de proteccion que favorece especialmente á los frutos y efectos de la nacion; pero aún cuando así no fuese, las terribles consecuencias de la falta de alimentos son tan horrorosas, que para precaverlas, así que se anuncian, ponen la dictadura económica en manos del Gobierno; y la salud pública y la subsistencia asegurada, son entónces las leyes supremas que todo lo regulan y subyugan.

El alza de los precios, llegada al máximum que se fije, determinará el caso de la explicacion de las disposiciones excepcionales señaladas.

Base sexta: *A medida que vayan estableciéndose nuevas industrias de probable porvenir y útil creacion, el derecho sobre los productos de las similares extranjeras irá gradualmente aumentándose, si así necesario fuere, al objeto de favorecer su establecimiento y desarrollo.*

Dada una legislacion inmóvil, con el impuesto y las tarifas invariables, es de todo punto imposible, atendidas nuestras condiciones productivas en relacion con los demás Estados industriales, transportar y aclimatar muchísimas industrias de que carecemos y tenemos necesidad, por la razon de impedirlo la baratura mayor ó menor á que resultan sus productos importados.

(Seguirá.)

ANTONIO BECH Y PUJOL.

BIBLIOTECA

OBRAS REGALADAS

ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS DE MADRID (REAL).

Perier (Cárlos M.^a)—Discursos leídos en la R. A. de Ciencias Morales y Políticas en la recepción pública de D....

Arenal (D.^a Concepcion).—La instruccion del pueblo. (Memoria premiada con accésit.)

ACADEMIA MATRITENSE DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION (REAL).

Alfaro y Lafuente (Santos).—Lo contencioso-administrativo, su materia, sus tribunales, sus procedimientos. (Memoria premiada por la misma R. A.)

Moret y Remisa (Lorenza).—Memoria leida en la sesion inaugural de curso de 1881-82.

Fernandez de la Hoz (José M.^a)—Discurso pronunciado por el Sr. D..... Presidente de la misma R. A. en la sesion inaugural del curso de 1881-82.

ASOCIACION DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA.

Rogent (Elías).—Apuntes histórico-críticos de San Cugat del Vallés.

ALCALDE Y PALAU (D. FRANCISCO).

Recuerdos.—Ensayos métricos.

BATET (D. JOAQUIN).

Gramática elemental de latin y castellano.

BOFARULL Y BROCA (D. ANTONIO DE).

[Pasado, presente y porvenir de Barcelona.

Certámen literario celebrado por la Universidad de Barcelona y el Instituto provincial de 2.^a Enseñanza.

CENTRE CATALANISTA PROVENSALENCH.

CERTAMEN DE 1880.

DIRECCION DE ESTADÍSTICA GENERAL DE MONTEVIDEO.

Memoria de la Direccion general de correos desde el 1.^o Enero de 1879 á 31 Diciembre de 1880.

ELÍAS DE MOLINS (D. JOSÉ).

El sentimiento del honor en el teatro de Calderon.

D. ENRIQUE HERIZ.

Mariano Fortuny. (Album.) Coleccion escogida de cuadros, bocetos y dibujos.

ESCODÉ BARTOLÍ (D. MANUEL).

Apuntes para un anuario de estadística comparada.

FONT DE FONSDIEIOLA (D. ENRIQUE).

Cuentos modernos.—Aida, Margarite et Clara.

Segundo certámen de la Logia Lealtad, francmasonería para los profanos.

VIDAL SOLARES (EL DR.)

Contribucion al estudio de los fibromas uterinos.

BARTRINA (D. FRANCISCO).

Bartrina (Joaquin M.^a)—Obras en prosa y verso escogidas y coleccionadas por Sardá.

LASSARTE (D. JOSEPH).

Lassarte.—Divagacions, poesías.

MINISTERIO DE CULTURA



OBRAS ADQUIRIDAS

Anónimo.—Annual statements of the chief bureau of statistics on the United-States for the fiscal year ended June 30, 1880.

Almanach de Gotha, 1882.

Büchner.—La vie psychique des bêtes.

Bastús.—Diccionario histórico enciclopédico.

Blanc-Charles.—Histoire des peintres de toutes les écoles.

— — Ecole française.

— — Ecole hollandaise.

— — Ecole florentine.

— — Ecole milanaise.

— — Ecole lombarde.

— — Ecole ferraraise.

— — Ecole génoise.

— — Ecole napolitaine.

— — Grammaire des arts décoratives, décoration intérieure de la maison.

Bravo y Tudela.—Año cristiano, novísima version castellana de la obra del padre Croisset.

Bürger.—Histoire des peintres de toutes les écoles.

— — Ecole anglaise.

Clément.—Histoire abrégée des beaux-arts chez tous les peuples et à toutes les époques.

Ebers.—Les sœurs. (Traduit de l'allemand par Mlle. Rosselet.)

Fontane-Marius.—Histoire universelle.—Les iraniens. (De 2500 à 800 av. J. C.)

Gironi.—Las pequeñas industrias domésticas.

Gonzalez Martí.—Manual del vidriero, plomero y hojalatero.

Gayangos.—Catalogue of the spanish mss in the british museum (tomo 3.º)

L'art (3.º trimestre de 1881.)

Larousse.—Grand dictionnaire universel du XIX siècle, français, historique, géographique, mythologique, bibliographique, littéraire, artistique, scientifique, etc., etc.

Mahn.—Deukmaeler der baskischen sprache.

Muñoz de Madariaga.—Manual de geología aplicada á la agricultura y á las artes industriales.

Page.—El ferro-carril.

Scheidnagel-Manuel.—Las colonias españolas de Asia (Islas Filipinas).

Schiefner.—Versuch über das awarische Studien. (Ensayo sobre el idioma avárico).

Schiefner.—Uslar's awarische Studien. (Los estudios de Uslar sobre el avárico).

Schiefner.—Awarische texte. (Textos aváricos).

Schiefner.—Tschetschenzische Studien. (Estudio sobre el idioma de los checheuzos).

Schiefner.—Uslar's Abchachische Studien. (Estudios de Uslar sobre el idioma abjásico.)

Schiefner.—Uslar's Kasikumukische Studien. (Estudios de Uslar sobre el idioma de los kasikumikos.)

Schiefner.—Uslar's Kurinische Studien. (Estudios de Uslar sobre el idioma kusinio.)

Schiefner.—Uslar's Hurkanische Studien. (Estudios de Uslar sobre el idioma hircanio.)

Seemann.—L'histoire de l'art en tableaux.

Sjogren.—Ossetische Sprachlehre nebst Wörterbuch. (Gramática osética con vocabulario osético-aleman y aleman-osético.)

Tchoubinof.—Dictionnaire georgien-ruse-français.

Varios.—El viajero ilustrado.

EL ATENEO BARCELONÉS no se declara responsable, ni se hace solidario de las ideas y opiniones de los Autores cuyos trabajos se inserten en su Boletín.